

CAPITULO XIII

Después de Albuera

I

NUESTROS héroes se encontraban todos muy satisfechos.

Miranda había dado muestras del mayor arrojo á las órdenes de Ballesteros, Espinosa y Belmonte á las de Zayas, y Méndez cargando denodadamente al mando del conde de Penne Villemur.

El brigadier llamó á Belmonte, que había hecho prodigios, y le dijo:

—Te has portado como un valiente y sé lo que me toca hacer.

—Gracias,—contestó enternecido el joven.—¡Ya no os dejaré más!

Miranda fué felicitado por los generales, testigos de su extraordinaria temeridad. Gracias á él quedaron rescatados la mayor parte de los prisioneros ingleses. En cuanto á Salas, deseoso de hacerse perdonar su generoso comportamiento para con Diego López, procuró recibir una buena herida al lado de Miranda, para probarle que nadie le ganaba en arrojado. También había resultado herido Ramón de Pravia, como tantos otros.

La jornada había sido ruda, en virtud de pelearse tan de cerca. Los españoles habían tenido 1,365 bajas entre muertos y heridos, los portugueses 363 y los ingleses 3,614; en todo, la mitad que los franceses.

Todo el día 17 estuvieron los dos ejércitos enemi-

gos frente á frente, hasta que á la mañana siguiente emprendió Soutl sigilosamente la retirada.

El ejército francés, confiado en que no sería perseguido, caminaba despacio en dirección á Llerena, cuando de pronto se vió atacado en Usagre por la caballería aliada. El choque fué sangriento de tal manera que, á pesar de la inferioridad de los nuestros, causáronse más de 200 bajas á los jinetes enemigos.

En la pelea desapareció el capitán Lanjuinais, figurando su nombre en la relación de los extraviados ó prisioneros.

Por fortuna, el capitán Armando no era lo uno ni lo otro, sino que tuvo por conveniente, una vez terminada la brega, torcer de camino y presentarse en Villafranca de Barros, donde había cierta paisana que tenía el don de hacerle mentir delante del duque de Dalmacia y de separarle de las etapas de los suyos.

II

Cada noche, al dar las ocho en el campanario del pueblo, Andrea se encaminaba al bosque y permanecía largas horas en triste soledad, pensando en el amado ausente.

Así pasaron algunos días.

La pobre niña, sin embargo, esperaba siempre confiadamente.

Una noche creyó oír el trote de un caballo. El rumor fué acercándose, cesó luego, y al poco rato se distinguió una sombra que se dirigía al roble testigo de ciertos amorosos juramentos.

—¡Andrea!—dijo una voz.

—¡Tú! ¡Tú, bien mío!—exclamó la niña arrojándose en brazos de Lanjuinais.

—He venido para llevarte conmigo. ¡Es preciso, indispensable!

—¡Huir!

—No hay más remedio. Hemos perdido la batalla y nos retiramos. No tardará mucho el ejército español en ocupar todos estos pueblos. Entonces me será imposible poder acercarme aquí y ya no podría vorte, y sin vorte no podría ya vivir.

—Vamos cuando quieras.

—¡Qué corazón tienes! ¿Y no me preguntas dónde?

—Sea donde fuere. Estando á tu lado estaré como en el cielo.

—¿Y no me aborrecerás? ¿No pensarás en la diferencia de nuestra patria?

—No: yo te amo sin saber de qué país eres hijo. Sólo te pido que no hagas ningún daño á los míos.

—Ninguno: te lo juro. Iremos á Sevilla, donde permaneceremos tranquilos y libres; luego á Francia, y cuando se mueva una guerra con otra potencia entonces se verá si Armando de Lanjuinais es hombre capaz de excusarse de ir al fuego.

—¡Gracias, Armando mío!

—Vamos ya. Aun me queda otra cosa que hacer antes de incorporarme á mi escuadrón: tengo que pasar por Zafra para dar un aviso á un amigo. ¡Qué bien vamos á ir en mi caballo! ¡Pobre *Noir!* ¡Con esa divina carga que te añado vas á desquitarte de la mala vida que hace una semana estás llevando!

Los dos jóvenes emprendieron la marcha, guiándoles en su camino la claridad de las estrellas. Por lo demás, el terreno era llano, cubierto de dehesas y sin más accidente que el curso de los riachuelos.

III

Extraño misterio el de la irresistible simpatía que había unido desde el primer momento los corazones de aquellos enamorados. ¿Qué había de común entre aquel aristocrático capitán de caballería, hijo de

una de las más antiguas familias de la Turena, joven, rico, elegante, bien parecido y valiente, y la pobre y desamparada extremeña? Sólo puede explicarse esta conjunción de dos almas por el desquiciamiento universal que había producido en todas las esferas la Revolución francesa. Vióse entonces pedir limosna á los antes opulentos magnates, encumbrarse á los antiguos siervos, trasformarse en generales los curas, y en místicos los ateos. Convertíanse en príncipes, mariscales y cancilleres hombres procedentes de las últimas capas sociales. Asistíase á una renovación universal y parecía que las aristocracias y las democracias quisiesen aliarse y fundirse, buscándose mutuamente, atrayéndose con fuerza invencible y mezclándose de todas maneras y bajo todas las formas.

Napoleón llevaba á cabo en Europa un trasiego formidable: trasladaba á los hijos del Vístula á las riberas del Ebro y del Guadalquivir, y á los asturianos y andaluces á las playas de Dinamarca. Los partidarios de Aragón hacían la guerra mezclados con rusos desertores. Holandeses, westfalianos, daneses, italianos, egipcios, todos confundidos y revueltos, se encontraban un día para otro en los más distintos climas y países. Había generales casados con circasianas, con austriacas, con dancsas. En tiempo de la Revolución figuraban, entre los más prepotentes republicanos, españoles como Miranda, Guzmán y el abate Marchena. Una española, Teresa Cabarrús, derribaba á Robespierre y abría camino á Napoleón. Pocas veces se ha visto más violenta sacudida. Un soldado con suerte podía aspirar á una corona real y llevarla con tanta gallardía como pudiera hacerlo viniendo de regia estirpe. Si jamás pudo concebirse un estado de verdadera anarquía, fué entonces, á pesar del férreo yugo que oprimía á toda Europa.

Las pasiones se resentían de aquel estado de convulsión general, y veíase de pronto aparecer, de no se sabía dónde, un hombre influyente ó una mujer soberana. Las improvisaciones estaban á la orden del día. A nadie se le pedían pergaminos ni certificados. La audacia, la belleza ó el servilismo abrían todas las puertas. ¿Quién podía responder de mañana? Mañana el rico podía ser un mendigo y el mendigo un poderoso.

En este libro hemos visto algunos amores desiguales por la posición social de los amantes: lo raro hu-

hiera sido encontrar amores paralelos y equivalentes. La ecuación más general era la de la belleza y el heroísmo: parecía que, agotado el espíritu de la antigua dominación aristocrática, quisiese renovar las sensaciones buscando lo inesperado y nuevo.

Al par de eso, todo se hacía con rapidez. Nadie hubiera podido decir lo que sería de él al día siguiente. La guerra imprimía en todo el sello de su brutal premura. Las dilaciones son buenas y factibles en tiempos de reposo: cuando ruge el cañón y cunde el incendio no hay minuto que perder.

Las mujeres de nuestra España parece que han heredado este privilegio de infundir vehementes pasiones á los enemigos que invaden su suelo. Corren de boca en boca cuentos y leyendas de moros y cristianas, romances de caballería, historias de princesas encantadas, de monjas robadas, de poderosas esclavas de las reinas árabes. No se extrañaban, pues, de ver reproducidos al cabo de siglos los lan- ces y aventuras de las anteriores invasiones.

Sirva esto de formal explicación á los que, no considerando aquella época desde su verdadero punto de vista, pudiesen creer que las cosas habían de pasar como en estos, no sabemos si felices ó malhadados, tiempos que corremos.

IV

Andrea sabía decir las cosas más bonitas del mundo sin que se las hubiese enseñado nadie. Lanjuinais quedaba pasmado ante las agudas respuestas de la niña, su buen juicio y la deplorable sinceridad con que revelaba lo que sentía. Su asombro subió de punto al oírle hablar de los santos de Zurbarán y de Murillo, por los cuales manifestaba la más viva admiración.

—¿Sabes leer?—preguntóle el capitán.

—No: ¿para qué lo quiero? El campo, el cielo, las catedrales, las coplas y cantares, las comedias, los sermones y lo que se oye decir á las gentes, me enseñan todo lo que deseo y necesito saber. Eso de ser leídos y pasarse el día entre libros y papeles es bueno para vosotros; pero las pobres muchachas como yo, si tenemos siquiera una ligera ráfaga de inteligencia, pronto aprendemos lo que nos hace falta. ¿Os figuráis que todo se alcanza á saber leyendo libros? Para sentir, para amar, para agradar y para ser bonita, es de todo punto insuficiente re-

volver tomos y mamotretos si no llega á salir de dentro ó llevarlo ya de nacimiento.

El capitán quedó pensativo, y ella continuó:

—¿Crees tú que te podría querer más sabiendo tanto como un hombre?

Armando respondió como si hablara para sí y revelara un pensamiento íntimo:

—Menos. El emperador hace bien en no conceder importancia á Mme. Staël. Me gusta más cualquier bailarina... Mme. Saqui.

—¿Qué dices?—replicó Andrea.

—Digo que nada te falta para ser adorable y que eres la más graciosa morenita que pudo soñar la imaginación de un fervoroso musulmán. ¡Quién sabe si no eres acaso quinta ó sexta nieta de alguno de aquellos bravos moriscos que tan valerosamente levantaron en la Alpujarra el grito de insurrección contra Felipe II!

Andrea quedó algo cortada, y al cabo de un breve rato replicó:

—¿Has oído decir algo de mí?

—¿De ti? ¿Dónde quieres que haya yo oído hablar nunca de ti?

—Es que un viejo cura del lugar me decía siempre lo mismo que tú acabas de decirme.

—¡Pues mejor que mejor, sultana mía!

—No, no tu sultana: eso sería decir que tenías otras mujeres, y en esta parte soy muy cristiana. En todo caso he de ser tu Isabel y tú mi Diego.

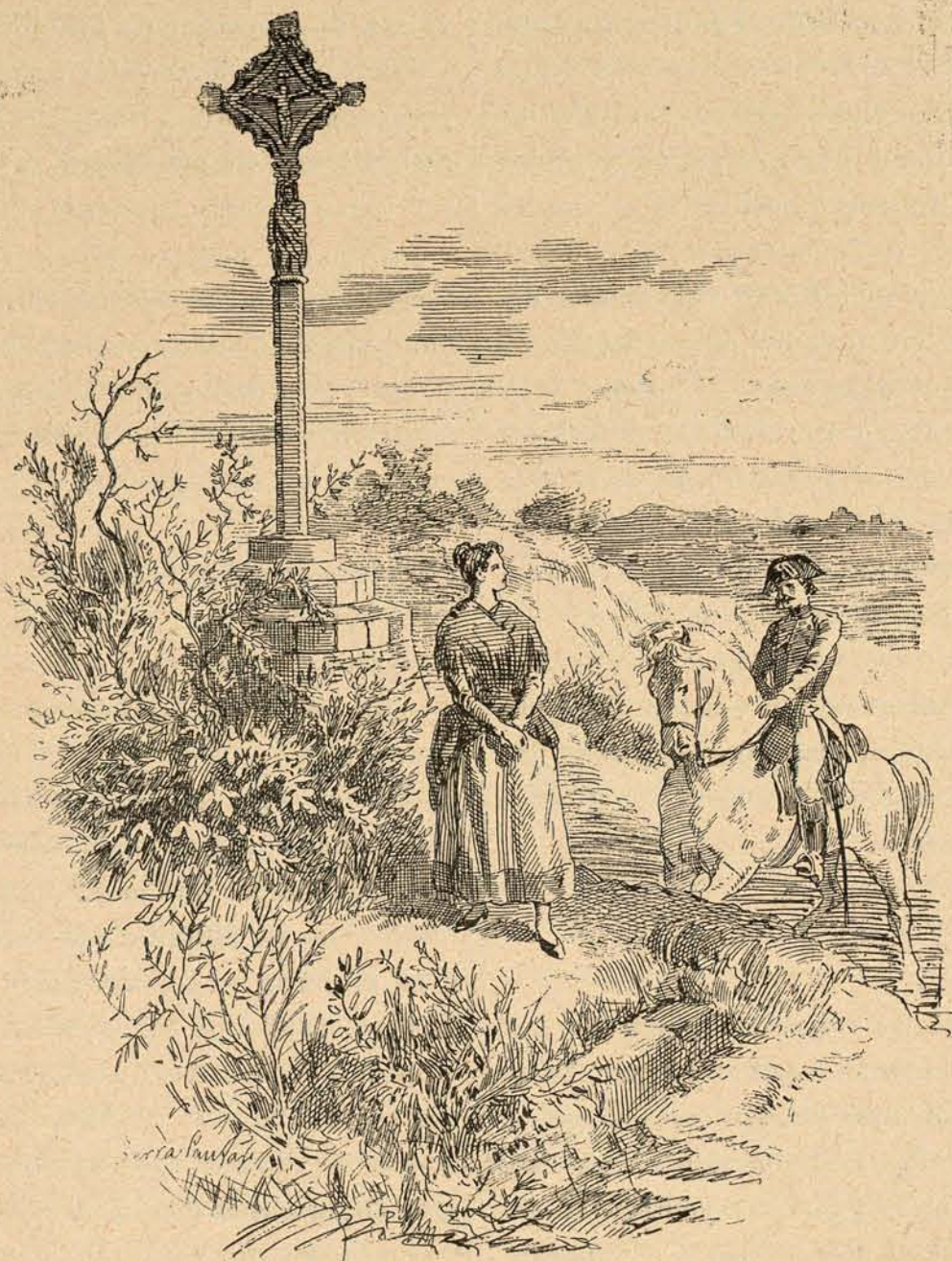
Lanjuinais se alegró mucho de que Andrea no le hablase de Pablo y Virginia, que en su calidad de capitán de dragones le gustaban menos que ciertos otros enamorados celebrados por el abate Prévost. Sin embargo, no sabía la historia de los amantes de Teruel, y, así, rogó á la niña se la contase.

El capitán se entusiasmó más de una vez al escuchar la animada relación que de la trágica leyenda hizo la hechicera niña, que parecía identificarse con la situación de la desdichada amante al referir sus cuitas.

—¡Qué tierra esta de España!—exclamó el capitán.—¡Parece que hayan nacido aquí el honor y el heroísmo! De cada día me convenzo más de que hacemos una infamia al querer sujetar á este gran pueblo. Todo es admirable en vosotros: hasta vuestros defectos. El día que perdáis vuestro modo de ser tradicional, el día que esta nación se inficione de las manías que debilitan á las otras, desaparecerá

odo lo que ahora le presta vigor y resistencia. ¡Dios conserve este suelo tal como es! Á lo menos aquí se puede pensar en lo ideal, en el espíritu, en el amor y en la patria. ¡Nosotros, con ser la gran nación, tenemos que venir á pedirnos vuestros tipos

para expresar los arranques de nobleza y abnegación, las pasiones que más distinguen el alma del hombre del resto de los seres, la gravedad, la justicia, el respeto á la mujer, el culto de la honra! ¡Así seáis siempre!



—Espérate aquí,—le dijo Lanjuinais...

V

Ya clareaba el día. Vieron desde lejos el campanario de los Santos, y, torciendo el camino para no entrar en el pueblo, llegaron á las ocho á Zafra, villa situada en los *Barros*, es decir, en la porción más feraz de todo el suelo español.

—Espérate aquí,—le dijo Lanjuinais á su compañera, dejándola junto á una cruz de piedra á la entrada del pueblo.—Vuelvo en seguida.

El capitán fuése á la casa donde había dejado á

Diego López. El pobre teniente estaba muy desmejorado, más tal vez por pasión de ánimo que por la gravedad de la herida, si bien no habia desaparecido aún todo peligro.

—¿Cómo estáis?—le preguntó Lanjuinais.

—No es necesario que os conteste, capitán,—replicó Diego;—miradme la cara y veréis lo que estoy pasando.

—Ánimo, amigo mío: urge tomar una determinación sin perder tiempo. El ejército francés, derrotado en Albuera, emprende la retirada hacia Sevilla.

De un momento á otro van á llegar aquí los vuestros y os pueden sorprender. Ved qué resolución queréis tomar.

—¡Horror! ¡Tener que huir yo de mis compañeros de armas que vuelven victoriosos! ¡Jamás!

—Estáis acusado de infidencia y condenado á muerte.

—¡Ojalá se hubiese cumplido como debía la pena que se me impuso!

—López, sed hombre de valor como habéis sido siempre. Aun podéis ser útil á vuestra patria.

—Estoy cansado de la vida. Que me pasen por las armas y les quedaré agradecido: esta es mi última palabra.

—López, os he advertido.

—Gracias, capitán.

Lanjuinais salió, volviendo á entrar después de dar algunos pasos por un corredor.

—Creo, López,—repuso,—que lo que vais á hacer es un absurdo. Os hirieron, estáis curado, y queréis morir ahora.

—Lanjuinais, os repito que os doy las gracias,—respondió con voz sombría Diego López;—pero no queráis indagar el motivo de mi resolución. Adiós.

El capitán volvió á salir, y encontró á Andrea esperándole junto á la cruz. Montaron á caballo otra vez, y al poco rato perdían de vista las vetustas casas de Zafra.

VI

Diego López miraba desde la ventana cómo se alejaba el capitán, extrañando la compañía de aquella joven vestida á usanza de las mujeres del país.

—¡Dichoso él!—murmuró.

De pronto sintió que le daban un golpecito en la espalda, y, volviéndose, vió ante sí á la hermosa niña de la casa, la misma que le había cuidado mientras yacía herido.

—¡Cristina!—exclamó con indecible acento de angustia al ver la dureza de su expresión.

—Todo lo he oído. Estabais condenado á muerte por infidencia y os salvó ese francés.

—No,—repuso Diego López.—¡No me salvó él!

—¡Mentís!

—¡Me dices que miento!

—Sí: el francés ha venido á deciros que partieseis con él para que no os cogiesen los españoles que

están á punto de llegar; pero yo os juro que no os moveréis de aquí hasta que vengan y os encuentren.

—Y ¿quién dijo que yo quisiera huir?

—Eso mismo le asegurabais á ese francés; pero era para engañarle. ¿Qué podíais hacer vos más que ponerlos en salvo?

—Te engañas, Cristina: nunca fué esa mi intención. Aquí me encontrarán, vivo ó muerto.

—¡Oh! Sí: estad bien seguro de ello. Poco más de una semana hace que entrasteis en esta casa, y en tan pocos días me habéis tenido engañada infamemente. Yo, la hija del pobre viejo que murió quemado por los bandidos de Soult cuando huían de Talavera, he dado hospitalidad, y quizás he salvado de la muerte, á un traidor que ha vendido á su patria y da la mano de amigo á un capitán francés. Estas paredes, que oyeron los gritos desgarradores del anciano mártir cuando sus verdugos le abrasaban las carnes para que les diese el dinero que no tenía, han oído de vuestros labios ¡horror! palabras de amor y de cariño que hubiera rechazado la más infame ramera viniendo de un ser sin fe ni honra, como vos. ¡Yo escuché al renegado, al afrancesado, al traidor! Justo es que me vengue de tamaña impostura. Tened entendido, pues, que se os pondrán aquí centinelas de vista para que no podáis escaparos, y que el último favor que podéis esperar de mí es que no me acuerde más de vos cuando os hayan metido en la cabeza algunas onzas de plomo.

—Sea como queráis,—repuso López, horriblemente pálido.

En aquel mismo momento resonaron á lo lejos clarines de caballería.

—¡Ellos!—gritó frenética de entusiasmo Cristina, corriendo á la ventana.—¡Oh! ¡Cómo tremolan nuestras banderolas! Venid: mirad lo que hacen los hombres honrados. Esos no dan la mano á los franceses, sino que les hunden la lanza en mitad del corazón.

Cada vez se acercaba más el marcial rumor de los clarines, cuyos vibrantes ecos anunciaban la feliz victoria.

VII

La fuerza que se divisaba en la carretera se componía de cuatro regimientos de caballería española, con los cuales venía, además, una partida de volunta-

rios de Ronda, la misma que había estado en la batalla agregada á la división Ballesteros. Wellington había dispuesto que toda la caballería se acuartelase en Villafranca y Zafra, por sus feraces pastos.

Así que llegaron, dirigiéronse hacia la casa algunos jefes de la guerrilla, y, abriéndose la puerta de la sala en que estaban Diego López y Cristina, apareció la enérgica y acentuada fisonomía de Miranda, seguido de Salas.

Inmutados quedaron los tres hombres al verle allí, notándolo Cristina, que no sabía atinar de qué procedía tal sorpresa.

Por fin Miranda dijo, con tono más bien de extrañeza que de rigor:

—Teniente López, os creía prisionero del capitán Lanjuinais.

—Lo fui, comandante, y quedé aquí para restablecerme de mi herida, en tanto veníais para entregarme de nuevo á mis jueces.

—¿Ha sido grave lo que habéis tenido?—replicó Salas muy turbado.

—¡Oh! No, señor oficial: un simple balazo en el muslo; pero ya veis cómo empiezo á poderlo mover.

—López,—repuso Miranda,—no podéis continuar privándoos y privándonos de defender á la patria. Todos necesitamos de vuestros servicios. En mi partida encontraréis un puesto de peligro para rehabilitaros, y espero que, tras de algunas refriegas en que mostraréis vuestro valor, lograréis alcanzar completo indulto de vuestra calaverada.

—¡Comandante! ¿Me decís esto para desesperarme ó habláis en razón?—exclamó con ansiedad Diego López.

—Ni vos ni yo somos hombres á quienes cuadren burlas. El escuadrón que se os escapó lo deshice y otra vez en La Albuera, y el teniente coronel D. Enrique Méndez dió cuenta en Usagre de todo el regimiento, ocasionando su completa desbandada.

—¿Era de ese regimiento que decís un capitán que se llama Lanjuinais?—exclamó Cristina, que escuchaba atentamente la conversación.

—El mismo que decís era. ¡Es extraño cómo pudo librarse de la batalla!

—Pues aun no hace una hora que salió de aquí, después de estrechar la mano de ese teniente, al que tanto parece que apreciáis.

—Vino á decirme que estabais para llegar y que

me pusiese en salvo,—contestó Diego con arrogancia.

—Hizo lo que debía,—replicó Miranda.—Niña,—repuso luego dirigiéndose á Cristina,—si os ha parecido inusitado el caso de darse la mano dos adversarios, tened entendido que se trata de dos hombres que han entablado entre sí una verdadera lucha de generosidad. Yo en persona ofrecí la libertad á Lanjuinais y no quiso aceptarla, á menos de tomársela por sí mismo. De ello resultó culpado el teniente López; pero, en lugar de esquivar el castigo, denuncióse él mismo, y, si no resultó muerto después de haber sido pasado por las armas, no fué, ciertamente, culpa suya. No se le podría exigir más de lo que hizo. Tendido en el lugar de la ejecución, hubiera espirado acaso sin auxilio humano á no haber acudido á socorrerle ese mismo capitán, del cual, de hecho y de derecho, quedó prisionero. No queráis mal á un hombre que ha sido muy desgraciado y que sólo anhela redimirse de su falta; no le arrojáis á la desesperación cuando puede prestar aún grandes servicios á nuestra causa. Callad, pues, bella niña. Yo, su jefe, lo tomo bajo mi amparo y os respondo de él.

Cristina miraba á Diego con llorosos ojos.

—Mi comandante,—dijo López,—¿puedo estar seguro, por lo tanto, de que me admitiréis en vuestra partida?

—Sí: admitido quedáis, Diego. Y estad seguro de que mis valientes recibirán con los brazos abiertos al bravo oficial que ha ganado todos sus grados uno á uno, desde que empezó sentando plaza de soldado raso al principiar la guerra, abandonando la opulencia de su casa y olvidando la alteza de su origen.

—Vuestras palabras me han devuelto el valor y la fortaleza que ya empezaba á faltarme,—respondió López, que se llamaba, además, Aragón de la Cerda.

—Todos pasamos amargos trances en la vida,—replicó Miranda.—¡Ea! Descansad un rato, y al caer de la tarde nos pondremos en marcha para Sierra Morena. Veremos si podremos conseguir que Sault deje de comunicarse con Sevilla. Vos sois práctico en el terreno y podréis servir de mucho. Adiós, pues, y hasta luego. Niña, dadnos algo que comer, que, á fe, bien lo necesitamos.

No tardaron mucho los alojados en dar cuenta de

multitud de pollos y gallinas, magistralmente aderezados por Cristina, y concluida la comida se retiraron, diciendo volverían antes de marchar.

VIII

Diego López, profundamente conmovido, parecía entregado á graves meditaciones; de manera que no reparó en Cristina cuando ésta entró de nuevo en la sala.

Después de un largo rato, levantó la cabeza, que tenía apoyada en una mano, y se estremeció al ver á la joven, que le estaba mirando con rostro en que se revelaba piadosa compasión.

—¡Diego!—exclamó, volviendo á tutearle.—Te había juzgado mal. Ahora que lo sé todo, te pido humildemente que me perdones.

—¿Cómo me hablas así, Cristina? ¿Qué he de perdonarte yo?

—Diego, te he ofendido gravemente; pero dime: ¿vas á partir hoy mismo?

—Sin falta esta misma tarde.

—Dicen que la guerrilla de Miranda es la más temeraria de cuantas corren, y que todos los que le siguen están condenados á muerte por los franceses.

—Es cierto.

—Oí decir que Soult ha jurado exterminarlos hasta el último, que prodiga el oro para apoderarse de ellos, y que tiene puesto precio á la cabeza de Miranda.

—Sí: verdad.

—Cuéntase que los guerrilleros de esa partida, para demostrar que no tienen miedo, cometen todo género de atropellos; que un día cogieron la guardia del puente de Triana.

—En todo lo que hacen se revela el denuedo de su jefe.

—También se refiere que Miranda ha estado en Madrid más de una vez y que ha llegado á penetrar en el palacio real estando dentro Pepe Botellas.

—Es fácil que eso haya sido.

—En esa partida todos deberán ser robustos, ágiles y fuertes. Pienso, Diego, que tú estás herido.

—No es nada ya: casi todo está cicatrizado.

—Diego, te pido un favor.

—Di, Cristina.

—Aguarda unos días más á reunirte á la partida.

—Imposible: ha de ser hoy mismo.

—Sea, pues, ya que no quieres escucharme.

Quedaron en silencio los dos amantes.

Sonaron las cinco en el reloj de péndola que adornaba el comedor.

Cerrábanse las pasionarias que escalaban los balcones y oíanse toques de llamada, pifafar de caballos y carreras por la calle.

—¡Diego mío!—exclamó Cristina, arrojándose de pronto á los pies de López y abrazándose á él.—¡Yo no podré vivir sin ti!

—¡Niña!—murmuró López, cual si acabara de salir de un sueño.—¿Qué palabras me has dicho? ¿Tú me quieres? ¿Tú? ¿Sí? ¿No es verdad que he oído como lo decías?

—¡Siempre te hubiera querido, Diego de mi alma! Te quería porque me parecías bravo y honrado. Cuando por un momento creí que eres un traidor, me figuré que me habías engañado también á mí, y, te lo juro, ¡te hubiera muerto! Ahora sé toda la verdad. Miranda responde de ti, vas á ir con él: ¿qué más prueba de que eres leal y bueno?

—No basta eso. Yo falté y necesito lavar la mancha que cayó sobre mí para que otra vez brille mi honor más limpio y resplandeciente que el sol mismo. No soy yo: es mi sangre, mi nombre.

Oyóse ruido de caballos en el patio y una voz que gritaba:

—¡Diego! ¡En marcha!

—Llévate *Hernán*,—exclamó Cristina.—Acéptalo como un recuerdo de esta mujer que te adora y que siempre estará pensando en ti.

—Gracias, Cristina. Ya verás cómo saldré en bien de todo.

IX

Diego y Cristina fueron al zaguán, donde estaba *Hernán*, que era un hermoso tordillo cordobés.

—¡Adiós, mi bien!—exclamó López.—Dios hará que podamos vernos pronto.

—¡Adiós!—murmuró con voz desfallecida Cristina.—¡Adiós, mi Diego!

Diego montó con ligereza en el noble animal, que relinchó de alegría, y, haciendo un último ademán de despedida, corrió á incorporarse donde estaba

formada la fuerza. El teniente había dejado su casaca y sombrero y llevaba montera y marsellés.

—Vamos ya,—exclamó Miranda.

Rompieron marcha los clarines, y la partida emprendió al trote corto el camino de Llerena, cuyas casas divisaron al amanecer del día siguiente.

De pronto distinguieron dos personas á caballo, una de las cuales llevaba el uniforme de capitán de dragones franceses, no siendo bien distinto el traje de la otra, que era una mujer, joven al parecer.

Miranda envió á Salas con dos ordenanzas para indagar qué objeto les llevaba allí.

Salas quedó sorprendido al encontrarse con Lanjuinais, y más todavía cuando, en lugar de interrogarle él, le interrogó el francés.

—¿Dónde vais?—exclamó.—¿No sabéis acaso que el mariscal Soult se encuentra en Llerena con todo su ejército?

—¿Qué decís?—repuso Salas.—¿Soult se ha detenido ahí?

—Sí, ciertamente. Aquí esperará los refuerzos que deben llegarle. Apartaos, pues, en seguida de este radio si no queréis que os hagan prisioneros.

—Gracias, capitán,—respondió Salas.—No podéis figuraros el servicio que nos habéis prestado.

El subteniente corrió á avisar á Miranda, el cual dió orden de contramarchar, y, atravesando el Zújar, llegaron al día siguiente, sanos y salvos, á la sierra de Alcocer.

Allí supieron que se había reanudado el sitio de Badajoz, destinándose á él, por parte de los españoles, al general D. Pedro Agustín Girón, y siendo inglés el resto del ejército sitiador.

Miranda empezó desde entonces sus correrías, bajándose al llano é incomodando continuamente la espalda del ejército de Soult.



CAPÍTULO XIV

Saligny ante lo inesperado

I

OCTAVIO de Saligny no había asistido á la batalla de La Albuera por formar parte de la asediada guarnición de Badajoz, donde se encontraba desde su regreso de Portugal, después del desafío con Espinosa.

Había pasado todo el mes de abril amargado por el dolor de estar separado de su querida Julia, y así que Beresford descercó la plaza, el día antes de darse la batalla, recibió orden de pasar á Madrid para enterar de la situación al Ministerio y pedir fondos.

Era cuando estaba en Francia el rey intruso.

Nada estorbó su marcha, y el marqués llegó felizmente á la corte de José á últimos de mayo, habiendo hecho el viaje enteramente solo, disfrazado de manchego.

Al punto corrió hacia la quinta de Carabanchel, sintiendo como palpitaba violentamente su corazón al pensar que otra vez iba á estrechar en sus brazos á su bella amante.

Cual si un secreto presentimiento le hubiese anunciado la llegada de Octavio, Julia se asomó á la ventana al oír el acelerado galope de un caballo que franqueaba la verja del jardín.

Apresuróse á adelantarse la hermosa salamanquina, y, bajando Saligny del caballo, pronto se con-

fundieron sus besos, murmurándose dulces frases de amor.

—¡Qué divina eres, vida mía!—exclamó Saligny.
—En medio año que he dejado de verte, parece que cada día hayan aumentado tus hechizos.

—¿Eso crees, Octavio?—respondió ella.—Pues no he hecho más que sufrir sin tregua ni descanso, creciendo mi dolor á cada momento que pasaba. ¡Oh! ¿Cómo vivir sin ti? No tengo otro ser en el mundo que me ame. Sólo pensando en mi Octavio siento calmarse la amargura de mi desgracia.

—Calla, Julia. Día ha de llegar en que te veas otra vez amada de quien ahora cree aborrecerte.

—¿Has visto... á alguien?

—Sí: es un completo caballero.

—¡Octavio! Comprendo lo que significan tus palabras: os batisteis.

—Nos batimos, sí; pero, ya ves, los dos estamos bien vivos.

—Y ¿quién resultó herido?

—Fué cosa de poca monta.

—Luego ¿fuiste tú?

—A mí me tocaba el serlo.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¡Por mi culpa!

—¡Tú culpada, ángel mío! Todo ha pasado ya: no pensemos más que en nosotros.



—¿Cómo quieres que pueda olvidar yo jamás que por mí has derramado tu sangre?

—Y ¿por quién podía hacerlo mejor que por ti? ¿Qué me importa á mí todo lo demás? Pero ahora podremos estar juntos mucho tiempo, pues hasta que regrese el rey José no se resolverá nada de lo que me ha traído á Madrid.

—¡Qué dicha! ¡Al fin podré ser feliz algunas horas!

Los dos amantes no se cansaban de repetirse lo que muy bien sabían, pues era, en verdad, veheméntísima la pasión que mutuamente se profesaban. Saligny había encontrado con razón más bella que nunca á Julia, convertida en modelo de elegancia y distinción. Como la crisálida se transforma en mariposa, así bajo la túnica de monja parecían haberse conservado incólumes su juventud y su hermosura, apareciendo entonces encantadora y tierna cual si estuviese en la florida edad.

De este modo pasaron dulcemente días y más días. Saligny no se movía del lado de Julia sino raras veces, cuando le precisaba tener que ver á algún palaciego figurón, cosa que le repugnaba en extremo, pues despreciaba profundamente á los afrancesados.

II

Una tarde de junio, bochornosa como suelen serlo en Madrid, dirigióse á pie hacia el palacio real, para tratar de ciertos asuntos del servicio con uno de los generales que allí habitaban, cuando, al pasar por delante de las ventanas de unos bajos de la calle Mayor, oyó un grito, contenido al momento.

Volvió la cabeza hacia el sitio donde había sonado la voz y vió desaparecer tras de las blancas cortinas interiores una forma femenina, pero sin poder en manera alguna distinguir quién fuera.

No pensó más en tal incidente y siguió tranquilamente su camino. Entró en Palacio, donde celebró una larga y pesada conferencia con Jourdan, y salió de allí al oscurecer. Dirigióse con rápido paso hacia la Puerta del Sol, donde le esperaba su caballo, cuando, al pasar por el Arco de la Armería, se le acercó una vieja mal vestida y le entregó un papel, después de lo cual desapareció al momento.

Saligny rompió el lacrado sobre, y á la incierta luz del crepúsculo de la tarde leyó lo siguiente: «Una antigua amiga del marqués de Lagarde ten-

drá sumo placer en volverle á ver y le suplica que se encuentre esta noche, á las diez, en el Prado. De no acudir, M. Octavio de Saligny dará pruebas de ser muy cobarde ó muy ingrato.»

La carta estaba escrita en español, pero el carácter de letra era francés.

Octavio de Saligny, muy acostumbrado á mujeres misivas, no reconoció la letra, pero recordó el grito que había oído en la calle Mayor.

Pasó por allí otra vez, pero todo estaba herméticamente cerrado.

Preguntó á unos vecinos si sabían quién habitaba aquella casa, y le respondieron que una señora recién llegada, pero que no habían podido averiguar quién fuera, porque los criados no se habían franqueado con nadie, á pesar de que había algunos españoles; siendo, empero, franceses la mayoría.

Octavio volvió á Carabanchel algo preocupado, encontrando á Julia más hermosa y apasionada que nunca. Aquel día llevaba un vestido blanco con guarniciones azules, que la hacía parecer un fiel trasunto de las Vírgenes de Murillo. Nunca los ojos de Saligny habían contemplado más graciosa imagen; nunca había visto mayor ternura en un semblante de mujer; nunca había escuchado vibrar con tanta pasión la argentina voz de su amante; nunca habían sido más ardientes las frases que ella le dirigía. En cambió Saligny parecía preocupado, y al dar las nueve sintió como un estremecimiento.

—¿Qué tienes?—exclamó Julia.

—Nada, bien mío; pero otra vez he de acudir sin falta á Palacio.

—¿Otra vez, después de tan larga estancia esta tarde?

—¡Ese mariscal es tan fastidioso!

—Guárdate bien, amor mío. A estas horas está todo desierto y vagan por el camino multitud de malhechores.

—Nada temas, Julia mía: pronto habré de estar de vuelta.

—¿Saldrás á caballo?

—No: á pie.

—Es extraño.

—Quizás podría llamar la atención yendo montado.

—Verdad es.

—Adiós. Antes de media noche estaré de vuelta.

—Adiós,

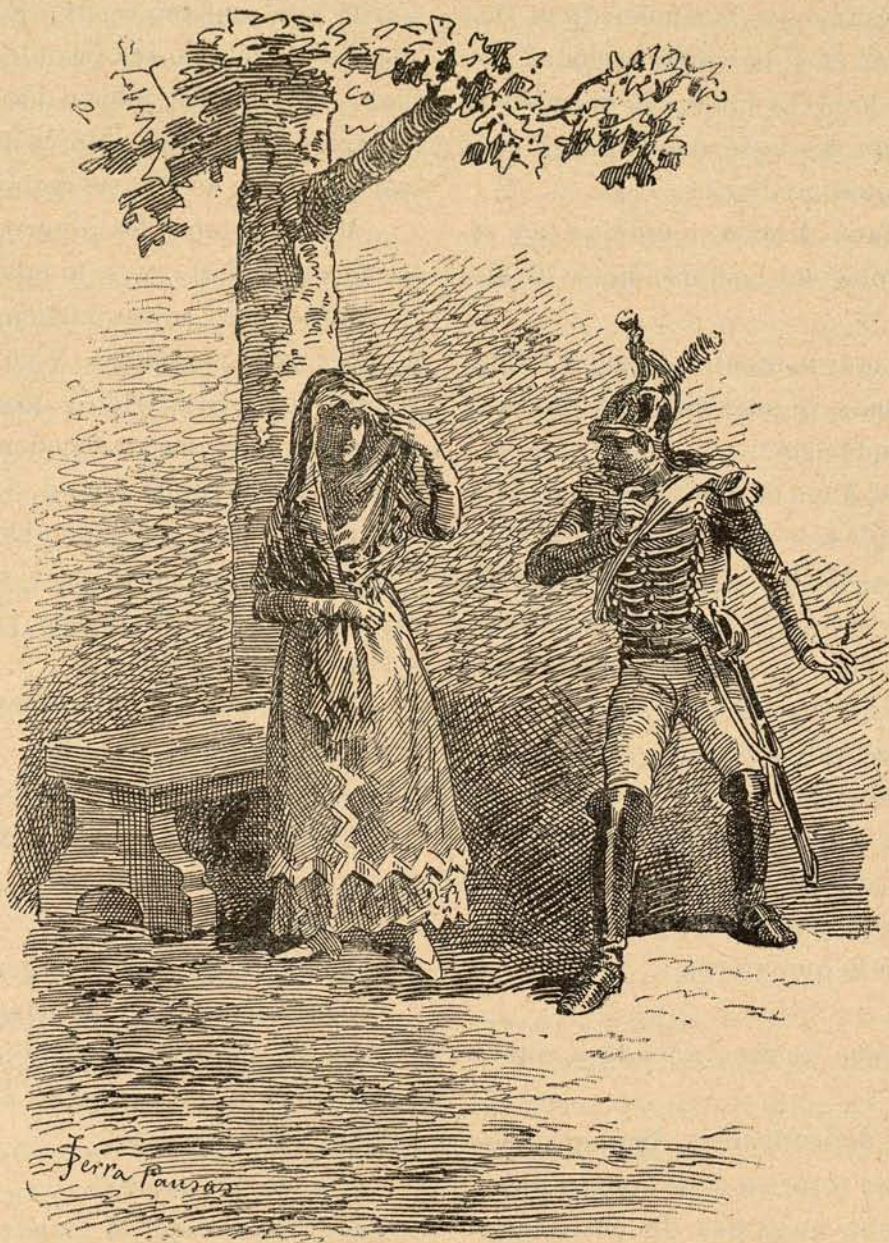
III

A las diez llegaba Octavio al Prado, y al pasar por delante del Museo oyó una voz de mujer que le dijo:

—Seguidme, caballero.

El comandante fué detrás de la desconocida, y vió que se detenía en uno de los más oscuros trozos del paseo, junto á un banco.

Acercóse Saligny y encontróse junto á una mu-



—¡Tú en Madrid, Diana!—exclamó

jer que ocultaba casi toda su cara con el rebocillo.

Nada se decían uno ni otro, notando sólo Saligny que la misteriosa tapada le miraba con insistencia.

—¡Señora!—exclamó por último.—¿Podré saber á quién tengo el honor de hablar y qué servicios puedo prestaros?

La dama descubrió entonces su semblante, y Saligny dió un paso atrás, sin poder contener la emoción que le había causado la inesperada aparición que contemplaba.

—¡Tú en Madrid, Diana!—exclamó.

—Pues ¿dónde me creías? ¿Muerta quizás? Ya supe yo todas tus aventuras. Sin duda, encontrándote en España, quisiste emular las glorias de D. Juan Tenorio.

—¿Y tú qué sabes?—contestó Octavio algo picado.

—Tus amoríos monjiles, tus duelos, tu vehemente amor y tu inverosímil constancia á esa mujer. Bien poco tiempo ha pasado desde que lo supe, tan poco que sólo hace tres días que estoy aquí. Quería tener

el gusto de conocer á tu última conquista y de verte á ti de vuelta de Badajoz; pero antes he logrado lo segundo que lo primero, muy rara casualidad, por cierto.

—Pero ¿á ti quién te ha contado todo eso?

—Cierta flamante mariscal á la cual fuimos con mi marido á dar el pésame por la muerte de su caro esposo, y vino á recaer en ti la conversación. Parece que en Badajoz se hablaba mucho de tus místicos amores, y por eso nada le costó decir todo lo que sabía del nuevo caballero andante.

—No seas cruel, Diana. Mucho siento que esa señora de quien me hablas no comprendiera el mal que hacía.

—La pobre parecía muy contenta con poder hablar de su país. Por lo demás, te puso hasta las nubes.

—Y el general ¿dónde está?

—Lo he mandado al Austria. Continuando en París me hubiera impedido esta escapatoria á la Península, so pretexto de las partidas que asaltan á los viajeros. De allí no se irá hasta que yo quiera, pues así quedamos con Clarke. Tengo, pues, tiempo suficiente para intrigar aquí cuanto me plazca, hasta librarte de ese espantoso ridículo en que te has puesto convirtiéndote en galán de monjas.

—Diana, si es para eso por lo que te propones permanecer en Madrid, creo que habrá sido inútil tu viaje. Estoy resuelto á conservar á mi monja, pese á quien pese y suceda lo que quiera.

—¿Tanto la amas?

—Delante de ti, ¿cómo quieres que diga que la amo?

—Gracias por tus delicadísimos distingos. Veo que has aprendido más retórica de la que sabías.

—Diana, te ruego que no trates de deshacer lo que no tiene ya remedio. Quizás vas á labrar el infortunio de una pobre mujer, sin que en nada se mejore tu situación.

—Nunca te hubiera creído capaz de despreciarme tanto. ¿Es decir que crees que yo, que la mujer de tu general, cuyas canas deshonraste haciéndome ser perjura á la fe que le debía, voy á contemplar impasible como otra mujer escucha frases de amor de tus labios, como recibe tus caricias, como las devuelve? ¡Me dejas asombrada! ¿No llegas, pues, á concebir que yo esté poseída de esa terrible pasión que llaman celos y que me sienta resuelta á romper por todo?

—Haces mal en estar celosa, Diana. Fui muy culpable, lo confieso, y con toda mi sangre quisiera borrar la mancha que arrojé sobre el honor de tu marido; pero tú lo eres más aún persistiendo en el extravío. ¿Por qué no consagrar todos los instantes de tu existencia á hacer dichosa la corta vida que le queda á tu anciano esposo? Ese debiera ser tu único objeto. Ya que no sea posible confesarle la infidelidad cometida, á lo menos que vea en ti toda la abnegación, el cariño é interés del que busca el perdón con sus actos, no con sus palabras.

—Mucho celebro los progresos que has hecho en la moral. Haz tú, pues, lo mismo que me aconsejas. No pienses más en esa virgen del Señor y mándala á hacer dura penitencia, y yo te prometo que llamaré otra vez á mi marido y que seré para él tan fiel y rendida que van á concederme en el Instituto el primer premio de la virtud.

—Diana, estás diciendo absurdos. ¿Cómo quieres que ella pueda volver á un convento? Para tener que morir, prefiero matarla yo que no el fanatismo y el rencor de los demás.

—Pues, siendo así, tendremos que hacernos guerra á muerte.

—¡Diana! Me daña el oírte hablar de esta manera.

—Te repito que vamos á hacernos guerra á muerte, sin cuartel, feroz.

—¿Qué vas á hacer?

—Ante todo mostrarle al general todas tus cartas.

—¡Qué infamia! Tú no harás eso.

—Luego mandarte á ti á Viena otra vez, de ayudante suyo ó de agregado á la embajada, ó con cualquiera otra excusa.

—¡No iré, no, jamás!

—Si el emperador lo manda, tendrás que obedecer. Luego, hay periódicos, libelos, operetas. ¡Oh! ¡Qué lindo argumento para el teatro de la Feria! ¡Qué monólogo para Arlequin!

—¡Calla, por piedad!

—Y, finalmente, quiero hablarle á esa mujer.

—¡Oh! ¡Eso nunca! ¡Eso sí que nunca!

—Tú verás, sin embargo, si será pronto. Cuando partiste de Francia lloré, lloré, Dios mío, hasta secarse mis ojos. Mil veces estuve tentada de huir de París y venir á tu lado. ¡Así lo hubiera hecho! Un año ha pasado de este modo. Al principio todas tus cartas respiraban fervoroso amor, ardiente pasión; pero cuando empezaste á escribirme desde Sala-

manca noté horrible frialdad en las líneas que me enviabas. Luego, inquieta tardanza, y, finalmente, ni aun el consuelo de ver letra tuya me concediste. Yo quería engañarme suponiendo que el rigor del sitio de la plaza en que te hallabas te impedía hacer llegar hasta mí ninguna carta; pero luego vi otras fechadas en Badajoz. Vi mujeres con cartas de sus esposos ó de sus amantes que se encontraban donde te encontrabas tú, y desde entonces empecé á sentirme atormentada. Yo frecuentaba mucho la casa de la condesa de Latour-Duchesne, y comprendí que sabía algo, quizás mucho, de lo que ocurría contigo; pero jamás pude arrancarle una palabra más de las que me quiso decir. Eso sí: tenía un verdadero placer en desollar á la pobre abadesa. Por mi desgracia, llegó, sin embargo, el día de saberlo todo al fin. La mariscala de Lugano, que quizás no tendría los motivos de la condesa para callarse nada, me lo reveló todo aun no hace quince días. Tú eras el amante de la monja que robaste del convento. ¡Un año me has tenido engañada y llena de ansiedad!

IV

Saligny callaba, hondamente preocupado.

—¿No quieres, pues, abandonar tu idea?—exclamó como si saliera de un pesado sueño.

—Por nada de este mundo. ¿Ignoras que soy hija del país de las *vendettas*? Una corsa no puede perdonar á un hombre que me ha ofendido como has hecho tú.

—Diana, siempre te conocí buena y generosa. ¿Por qué no serlo también ahora?

—Porque me has herido en todo lo más delicado de mi ser. ¡No hablo ya de mi amor vendido ú olvidado, sino de tu comportamiento, dejándome morir de ansiedad, helándome con tu indiferencia, humillándome con tu desvío! No, no hay transacción posible: ó esa mujer ó yo.

—¡Basta!—exclamó Octavio.—Ya que tú lo quieres, sea. Veamos quién podrá más.

—Así me gustas: decidido, como yo, á jugar el todo por el todo. ¡En guardia, pues, marqués de Lagarde!

Diana se levantó, y no tardó en desaparecer de la vista del comandante, que permaneció como clavado en aquel banco de piedra.

V

Era una imprudencia volver á Carabanchel. La generala podía quizás tener apostados sus espías para ver hacia dónde se dirigía el marqués. Harta fortuna había sido ya que no le hubiesen seguido los pasos al volver á pasar por la calle Mayor, si bien el comandante recordó que había dado un largo rodeo para volver á la quinta, como poseído por un involuntario presentimiento.

No: en manera alguna iba otra vez á dirigirse á la quinta de Julia. Reflexionó un momento acerca de la resolución que tomaría, y, tras de un breve rato de vacilación, se encaminó al cuartel del Retiro.

Aquel hermoso sitio estaba convertido por entonces en bélica fortaleza. Las elevaciones del terreno veíanse erizadas de cañones y ocupaban los edificios del recinto varios regimientos de artillería. Las obras construídas y el militar estruendo que allí se oía de continuo hacían asemejar el delicioso edén de Felipe IV á inexpugnable ciudadela.

Saligny respondió al *¿Quién vive?* del centinela y franqueó la entrada.

Salió el oficial de guardia á su encuentro, y Saligny exclamó:

—Buenas noches, Revel. ¿Está el capitán Maupin?

—Sí, mi comandante. Podéis pasar al cuarto de banderas, donde le encontraréis jugando.

—No: hacedme el favor de decirle vos mismo que tenga la bondad de salir, sin decir que esté yo aquí.

Cumplió el encargo el oficial, y á los pocos momentos el capitán Maupin quedaba sorprendido con la inesperada visita de Saligny.

—¿Queréis escucharme, capitán?—dijo Octavio.—He de hablaros á solas y con gran reserva.

—Estoy á vuestras órdenes, marqués,—contestó Maupin.—Demos una vuelta por esa alameda de los Reyes, donde podremos estar seguros de toda indiscreción.

Los dos amigos se encaminaron al citado sitio. Reinaba profundo silencio, solamente interrumpido por el monótono canturreo de las ranas que chirriaban en los estanques.

—¡Maupin!—exclamó Saligny.—Vengo á solicitar de vos un delicado servicio.

—Hablad.

—No he de ocultaros que mis relaciones con Diana dieron fin hace ya algunos meses.

—No lo sabía,—replicó Maupin;—pero lo siento por la pobre condesa, que os quería infinitamente.

—De todas maneras, la cosa tenía que suceder así: los adulterios siempre acaban en una vergüenza.

—Seguid, comandante.

—Mientras estuve en Salamanca tuve ocasión de conocer á una mujer que no tardé en adorar.

—No fuisteis el único que recibió flechazo de aquellas bellas enemigas.

—Es una mujer digna de mí, Maupin: generosa, llena de abnegación, buena y hermosa. Tened presente que la adoro con toda mi alma.

—Vaya: os felicito, pues. ¿Y la hicisteis vuestra querida?

—Mi querida, ciertamente. Mientras he estado en Badajoz ella ha estado aquí oculta, y podéis comprender que corrí en seguida á su lado así que llegué.

—Cosa muy natural.

—Esta tarde, al volver de Palacio, recibí una carta, cuya letra me éra desconocida, pidiéndome una entrevista para esta noche. Ahora bien: la mujer que me había dado la cita era Diana, que está en Madrid, deseosa de vengarse de mí y de mi amante.

—¡Diablo!

—Conociendo, como conocéis, á Diana, es inútil que os encarezca cuánto me interesa preservar á mi amante de sus furiosos celos. En cuanto á mí, ya sabéis el caso que suelo hacer de las amenazas de nadie.

—Sí: lo sé.

—Acabo de dejar á Diana presa de violenta agitación. Es de creer que tenga apostados quienes me vigilen y espíen dónde se oculta mi española. Por lo tanto, me veo precisado á despistarlos; pero, al propio tiempo, no puedo dejar á mi querida llena de zozobra al ver que no regreso.

—Comandante, ved lo que me ordenáis.

—Nada, mi buen Maupin; nada os ordeno: sólo os suplico.

—Decidlo al momento.

—Quisiera, pues, que fuerais á ver á Julia ahora mismo y le dijerais que no volveré hasta mañana por la noche, y que el motivo es un arresto: ¿os parece?

—Perfectamente.

—Carabanchel de Arriba, quinta de los Gorriones,

al entrar en el pueblo á mano izquierda, junto á una acequia. Hay un cordón en la verja: dad dos campanillazos y os abrirá un viejo inválido. Decidle que venís de parte del comandante Angely, pues ignora mi verdadero nombre, por exceso de precaución.

—Descansad en mí.

—Tratad, sobre todo, de tranquilizar á la pobre mujer, que estará, sin duda, muerta de angustia.

—Tened por seguro que la dejaré enteramente confiada. ¿Y vos?

—Yo esperaré aquí vuestro regreso. Son las once y media: podéis estar de vuelta á las tres.

—Antes de las dos me tendréis aquí.

—Gracias. ¿Por dónde saldréis?

—Por la carretera de Alcalá.

—Me parece lo mejor.

—Hasta luego, pues, mi comandante.

—Adiós, mi querido Maupin. No sabéis cuán grande es el favor que os deberé.

VI

El capitán salió por el palacio de San Juan, y le llamó la atención oír al poco rato el galope de un caballo que se alejaba en dirección opuesta á la suya. Siguió su camino y no pensó ya más en ello, llegando felizmente á la quinta, que reconoció al instante.

Después de haber llamado repetidas veces, fueron á abrir por fin, apareciendo con una linterna el viejo criado, cuando de pronto se vió Maupin agarrotado por cinco hombres, que como sombras surgieron de unos sembrados contiguos al camino, tapándole la boca al oficial.

El viejo se acercó á la reja y preguntó que quién llamaba.

—Tengo que dar en seguida un recado á la señora de parte del marqués de Lagarde,—dijo uno de los del grupo, mientras los demás se ocultaban á la vista del inválido portero.

—¿Quién es el marqués de Lagarde?—respondió el anciano.

—¡Pardiez! Pues es vuestro amo.

—Os equivocáis, amigo. Yo no conozco á ningún marqués de ese nombre. Además, aquí no hay amo, sino señora.

—¡Ea! No perdamos tiempo, pues es un recado

urgente el que he de dar. Id á avisar á la dueña de la casa que he de hablarla en seguida de parte del marqués de Lagarde. Despertadla si duerme, y despachad.

—No lo entiendo,—replicó el buen hombre.—Pero, en fin, iré á decirle lo que me habéis manifestado. ¡El marqués de Lagarde! Se habrán equivocado. No creo que ese comandante Angely que se nos ha descolgado por aquí sea marqués de nada.

En tanto que el criado iba á cumplir el apremiante encargo del nocturno mensajero, llegó un coche hasta la verja, donde se detuvo, bajando de él una encubierta señora. Al punto, el que había hablado con el viejo despidió á los cuatro hombres que le habían ayudado á sujetar á Maupin, al cual dejaron sólidamente atado á una encina con una mordaza en la boca.

—¿No han abierto aún, Dubois?—preguntó con breve acento la tapada.

—Al momento van á hacerlo, señora condesa,—respondió el llamado Dubois.—El conserje no comprendía de quién le hablaba al referirme al marqués de Lagarde y le he mandado fuese á avisar á su ama diciendo que le traía un recado urgente de su parte.

—Bien está. Pero oigo ruido de llaves. Sigüeme y obedece á cuanto te mande.

Dubois hizo una profunda inclinación, y al levantar de nuevo la cabeza vió al inválido, que introducía la llave en la cerradura.

—Entrad, entrad, señor mensajero,—exclamó.—No se ha llevado poco susto mi señora al trasmitirle el recado que me habéis dado.

Entró Dubois; pero, con gran sorpresa del criado, entró también con él una señora.

—Va conmigo,—dijo Dubois.

—Sí: yo soy quien ha de dar el recado á vuestra ama. Llevadme á su cuarto.

—¿A quién he de anunciar, señora?

—No importa el nombre que yo lleve: decidle que es de parte de Octavio.

El viejo y la que Dubois había llamado condesa se dirigieron hacia la casa. Julia, impaciente, esperaba al pie de la escalera, y no pudo reprimir un movimiento de asombro al ver á una mujer cuando le habían anunciado á un hombre.

La inesperada visitante, que no era otra que Diana de La Chategneraie, se adelantó hacia la sobre-

saltada amante de Saligny, y, haciéndole una cumplida y ceremoniosa reverencia, la siguió hasta que llegaron á una linda salita, amueblada con sumo gusto.

—Señora,—exclamó, acompañando sus palabras con una graciosa sonrisa;—permitidme, ante todo, que os tribute el homenaje de mi más profunda admiración al contemplar vuestra belleza. Sois realmente hermosa entre las hermosas, mucho más de lo que me habían dicho. No pudo el marqués de Lagarde rendir su corazón ante más encantadora dama.

—Señora,—repuso Julia,—aunque no tengo el honor de conoceros, os doy mil gracias por vuestras benévolas palabras; pero bien debéis comprender cuánto anhelo saber el recado que me traéis de parte del comandante.

—Verdad decís, querida mía: soy una aturdida. El motivo, pues, que me ha obligado á turbar á tales horas vuestro sueño, aunque bien veo que no dormíais, pues llorabais, el motivo de mi visita se reduce á deciros, para que podáis estar completamente tranquila, que el comandante Saligny no podrá venir á veros hasta mañana por la noche, por haber sido arrestado de resultas de una discusión con no sé qué afrancesado de esos que hay en Palacio; pero vos, en cambio, tenéis facultad de verlo, si tal fuese vuestro deseo.

—¡Oh! Sí: al momento. ¿No me engañáis, señora? ¡Tened lástima de mí y no me ocultéis nada si acaso le ha sucedido alguna desgracia!

—Vuestro amor os tiene enteramente ciega. Os afirmo que podéis verle dentro de una hora, si es que queréis.

—¡Oh! Gracias, mi buena señora. Pero ¿cómo os habéis querido encargar vos misma de venir á traerme noticias de M. de Saligny?

—El marqués fué, por muchos años, ayudante de mi esposo, el general de La Chategneraie, y dió la casualidad que me encontrase yo precisamente en la galería donde ocurrió la ligera discusión que ha motivado su arresto. Vi que me miraba como suplicándome que me acercase, y entonces me manifesté cuánta era su pena por el sobresalto en que estabais no viéndole volver y me pidió encargase á algún amigo suyo os viniese á traer la noticia. Yo, sin embargo, deseosa de no entregar á la indiscreción del primer oficial que encontrara el secreto de

vuestro retiro, preferí no decírselo á nadie y venir yo misma á tranquilizaros respecto al motivo de la tardanza de vuestro enamorado Octavio.

—Yo os lo agradezco con todo mi corazón, señora, y no sabré jamás cómo demostraros la estimación que desde ahora me merecéis. Pero ¿estáis segura de que realmente podré ver á Octavio?

—¡Si es un arresto ridículo! Figuraos que está detenido en las habitaciones del general gobernador de Madrid, entre espejos y cortinajes. Vestíos, pues, y corramos. Tengo mi coche que nos espera y podremos llegar á la ciudad antes de una hora.

VII

Diana quedó sola en la habitación, y su rostro, hasta entonces risueño y gracioso, fruncióse y palideció, mostrando terrible expresión de odio. La condesa era joven, bonita y elegante; pálida, de regular estatura y voluptuoso talle; pero había en su mirada algo que daba miedo. Sus ojos, de un verde oscuro, brillaban con reflejos metálicos, cual si fuesen de acero, y su voz tenía á veces acentos de una dureza que dañaba el oído. Era una verdadera corsa, digna, por la corrección de sus líneas, de ser tomada por una Bonaparte; pero marcada, á la vez, con el sello de la violencia, propia de aquella raza.

Casada casi niña con el viejo general La Chategneraie, y olvidada por éste al cuidado de su gallardo ayudante, no pasaron muchos meses sin que se estableciese entre ambos una intimidad que se convirtió luego en criminal traición. Sin embargo, jamás se había traslucido nada acerca de sus relaciones y la condesa gozaba de una fama de virtud poco común en aquella época. Octavio se sentía atormentado por la hipocresía con que tenía que fingir ante el mundo, á la vez que se veía sin cesar perseguido por los violentos celos de Diana, apasionadamente enamorada de él, hasta el extremo de inducirle mil veces á deshacerse del general por medio del crimen. Siete años hacía que duraba aquella vida. El conde de La Chategneraie sintió vivamente la ausencia de Saligny cuando éste fué enviado á servir bajo las órdenes de Kellermann, y á todas horas citaba á Octavio como el modelo de los cumplidos caballeros.

Al marqués de Lagarde, en cambio, le pareció

que salía de un antro horrible al verse libre de los amargos goces del adulterio y comprendió que hasta entonces no empezaba á vivir honradamente. Sintió un placer inmenso al poder decir siempre la verdad, al arrojar de sí el disimulo y la falsía, y al mirar y hablar cara á cara á todo el mundo sin que la conciencia le ahogase la voz en la garganta ni le hiciese bajar los ojos al suelo. Encontrándose en tal disposición de ánimo, y sintiéndose el corazón anegado en generosidad y entusiasmo, vió á la abadesa y experimentó por primera vez la verdadera emoción de un amor nacido en sus propias entrañas. La inquietante imagen de Diana borróse de su memoria como antes había huído de su pecho, y Saligny tuvo por seguro que ya jamás volvería á encontrarse con la terrible corsa.

Ella, sin embargo, seguía pensando en el cómplice de su delito y sentíase á veces atenaceada por feroces celos. Si no hubiese sido tan intenso el amor de Octavio hacia la hermosa freila, tal vez hubiera comprendido que con una mujer como Diana era imposible obrar del modo que él lo hizo, rompiendo de repente toda clase de relaciones. La condesa se sintió herida y maltratada por aquel silencio y juró vengarse.

VIII

Julia salió de su habitación envuelta en un negro manto, y dijo:

—Señora, podemos ponernos en camino cuando gustéis.

—Vamos, pues,—respondió Diana.

Y, bajando las escaleras, se encontraron en el jardín de la quinta.

Julia dió algunas órdenes al criado, y la condesa habló breves palabras con Dubois, que salió del jardín.

El coche partió, llevándose á las dos mujeres.

Dubois se acercó á donde estaba Maupin y le dijo:

—Caballero, por sensible que me sea tener que manifestároslo, he recibido órdenes terminantes de no soltaros hasta rayar el día.

La noche seguía siendo oscura, como á propósito para cometer todo linaje de fechorías.

A las tres de la mañana entraba en Madrid el carruaje que conducía á las dos mujeres y se detenía ante una casa de la calle Mayor.

CAPÍTULO XV

Diana

I

APEÉMONOS, querida mía,—exclamó Diana, siempre sonriente.

—¿Aquí es?—repuso Julia.

—Sí: aquí veréis á Octavio.

Las dos viajeras bajaron del coche, y, entrando por un ancho portalón, subieron una magnífica escalera que les condujo á una estancia adornada con ostentoso lujo.

—Sentaos, señora,—dijo Diana señalando un sofá, ante el cual acercó un velador.

—No os molestéis, amiga mía,—contestó Julia, algo contrariada en sus impacientes deseos por ver cuanto antes á su amante.

—¡Oh! Creed que no me molesto en nada; pero dejad que vuelva á miraros bien, porque en verdad que sois deliciosamente bonita.

Y, diciendo esto, fué á tomar un candelabro y lo dejó sobre el velador.

Julia, sonrojada con aquellas palabras, bajó los ojos y repuso:

—Os vuelvo á dar las gracias por vuestras lisonjeras frases; pero comprended, señora, que nunca me han tardado tanto en pasar los instantes como ahora.

—No os impacientéis, amiga mía, que tiempo os quedará para ver á vuestro galante marqués; y, así, entretanto viene, podréis pasar el tiempo leyendo

estos papeles, que á fe se me antoja han de interesaros mucho.

Y al decir esto arrojó con sarcástico ademán sobre el velador un paquete de cartas.

Julia palideció al ver la letra de Saligny, mientras la implacable corsa añadía:

—Es de advertir, señora, que esta Diana soy yo.

La desdichada mujer cogió con febril temblor una de las cartas y cayó desfallecida después de leer las primeras líneas.

—¿Qué os parece, condesa, de vuestro apuesto comandante? Pensad ahora de lo que sería capaz el general La Chategneraie si llegase á descubrir que su leal edecán era el amante de su adorada esposa.

—Señora,—repuso Julia sin aliento,—mucho es el daño que me habéis causado, pero es mayor aún el miedo que me inspiráis. Decidme, por Dios, qué sentido encierran esas amenazadoras palabras que habéis dicho. No veáis en mí la que os ha robado vuestro amor, sino una pobre mujer resignada á hacer cuanto le mandéis para no comprometer al que tanto os ha querido.

—Sois inteligente, señora, y veo que seríais capaz de adivinar las charadas más enrevesadas. Me alegro, porque así será más fácil que nos entendamos. Y á propósito: ¿cómo os llamáis?

—Julia de Montespino, condesa.

—¡Extraña coincidencia, á fe mía! Así se llamaba también, si no me es infiel la memoria, cierta abadesa de quien se habló mucho en Salamanca y en París.

—¡No sigáis, señora, por piedad! ¡Compadeceos de esta desventurada!

—¿Seríais acaso esa novelesca esposa del Señor?

—¿Conque lo ignorabais, Diana? ¿Y nada más sabéis?—repuso con amargo tono Julia.

—Lo sé todo, Julia. La condesa de Latour Duchesne no se cansa de contarle á sus amigas.

La pobre mujer palideció hasta el punto de parecer fría estatua de mármol y bajó la cabeza, rompiendo en ahogados sollozos.

—¡Verdaderamente es dar pruebas de un amor sin límites sacrificar á un hombre, no sólo Dios, sino hasta su propia hija!—exclamó la implacable generala.

—Así me castiga poniéndome en vuestras manos,—replicó Julia con desaliento, mirando á la condesa.—En cuanto á esas cartas, guardadlas, señora: nada dirán que yo no me figure.

—Esas cartas, Julia, tan poco interesantes para vos, pueden serlo mucho para otra persona.

Julia se estremeció y repuso:

—Hablad. ¿Qué queréis de mí?

—Es preciso, ante todo, deciros que mi esposo es el hombre más meticuloso del mundo en puntos de honor. Sé sus opiniones respecto al adulterio y cree que el marido que no arranca la existencia al hombre que le deshonra es un marido infame. En esta parte es, señora, un verdadero héroe de vuestro admirable Calderón. Por consiguiente, ved qué situación más crítica la de vuestro buen marqués si el conde de La Chategneraie supiese que su fiel edecán era el que infamaba su lecho y cubría de lodo su immaculado honor.

—Está bien, señora: me amenazáis con enviar esas cartas á vuestro esposo. Decidme ahora si hay medio de arrojarlas al fuego en este instante mismo.

—Precisamente de esto iba á tratar. Nada más fácil que entregaros las cartas, sólo con una salvedad.

—Decid, señora,—replicó Julia, más pálida aún que antes, cubierta de un sudor frío.

—Es condición precisa que jamás, jamás, en vuestra vida, volváis á ver á mi antiguo amante; que partáis ahora mismo, que huyáis de su lado, y

que no sepa dónde podáis estar oculta. Pensadlo bien y decidme si aceptáis el trato que os propongo.

Julia sintió que se le rompía el corazón; pero, reconociendo todas sus fuerzas, tuvo aún aliento para contestar:

—Acepto.

La condesa miró á Julia fijamente y repuso:

—Está bien; pero necesito que no me quepa duda alguna sobre vuestras intenciones.

—¿Más todavía?—replicó Julia con espanto.

—Poca cosa: una consecuencia natural de vuestra nueva vida. Vais á escribirle una carta á Saligny, carta que yo dictaré, diciéndole que de pronto os han asaltado escrúpulos de monja, ó cosa por el estilo, y que os es enteramente imposible seguir amándole.

—¡Decirle que no le amo, que no le adoro! ¡No! ¡Eso nunca!

—En ese caso ya no hay nada de lo dicho. Yo me vuelvo á París, el general estará allí dentro quince días, y, así que llegue, cualquier criado indiscreto hará por manera de entregarle el paquete que tenéis á la vista. Yo me arrojaré á sus pies, acusaré al vil seductor, y el conde de La Chategneraie correrá en seguida en busca del criminal autor de su deshonra para realizar prácticamente sus inquebrantables teorías acerca de los maridos engañados. Y contad, señora, que, aunque Octavio huyese á América, á los Estados Unidos, á Inglaterra, si es que fuese capaz de tanta bajeza, llegaría por fin un día en que el general daría con su escondite, y figuraos entonces el dolor que traspasaría vuestro sensible corazón al ver á vuestro amante acribillado á puñaladas ó con la cabeza atravesada de un balazo.

—¡Oh! ¡Callad! ¡Me estáis matando, señora! Haré cuanto exigís. Dictad y acabemos.

—Escribid, pues: *Octavio*. Octavio á secas: ¿entendéis? *Desde este momento cesan nuestras abominables relaciones.*

Julia escribía llorando.

—*Perjura á mi Dios, madre desnaturalizada...*

—¡Tenéis corazón de tigre!—exclamó Julia con desesperado acento.

—¡Pobre paloma!—contestó con sarcasmo Diana.—Vaya: seguid. *...he resuelto acabar mi vida entregada á la penitencia y al arrepentimiento. No me busquéis, pues os lo prohibo, y contad con que ha dejado*

de ser vuestro para siempre el corazón que cometió el horrible crimen de amaros.—JULIA.

El papel quedó todo humedecido de lágrimas.

Diana lo leyó y exclamó:

—Perfectamente. Ahora decidme qué camino que-

réis tomar: el coche está esperando. Oid cómo piafan los caballos, impacientes por llevar tan preciosa carga.

Julia contestó:

—Quisiera volver á Salamanca.



—Quisiera volver á Salamanca

—Perfectamente. No tenéis por qué molestaros para nada respecto á los pormenores del viaje: irá con vos una persona de toda mi confianza que estará enteramente á vuestras órdenes y cuidará absolutamente de todo.

—Señora,—repuso Julia,—nada necesito.

La pobre mujer, como movida por extraño presentimiento, había, en efecto, llevado consigo gran cantidad de diamantes, por si era preciso apelar á negociaciones de dinero para libertar á Saligny.

—Tomad,—dijo Diana entregándole el paquete de cartas.

Julia, sin contestar palabra, se acercó á la chimenea y arrojó las cartas al fuego una á una, hasta quedar todas convertidas en pavesas.

Dirigióse en seguida hacia la puerta, saludando ligeramente con la cabeza á su rival; pero Diana, sin poderse contener, le salió al paso, exclamando con salvaje acento:

—¡Sois bella y hermosa! Mucho, infinitamente. ¡Oh! ¡Si supieseis cuánto os aborrezco!

—¡Desdichada!--murmuró Julia. Y, sin mirarla, salió del aposento en que había mediado la terrible escena.

Al encontrarse en el zaguán vió un coche y un hombre con trazas de mayordomo junto á la portezuela.

Julia subió en el carruaje, y, dirigiéndose al que debía acompañarla, dijo:

—Si habéis de ser mi espía, subid: si es para servirme, no os necesito.

—Señora,—contestó el hombre,—he recibido orden de no perderos de vista.

—Subid, pues; pero os suplico que no me habléis.

En breves momentos arrancó el coche, saliendo por la puerta de San Vicente al dar las cuatro.

II

Mientras ocurrían los hechos que acabamos de relatar, Octavio de Saligny se paseaba agitadamente por el paseo de las Estatuas, contando anhelante los minutos que trascurrían.

Dieron las dos los relojes de la villa, y Octavio se estremeció.

—¡Maupín no volverá!--exclamó.—¡Todo está perdido!

Sin embargo, tuvo paciencia bastante para esperar otra hora, y, viendo que no regresaba, decidió ir él mismo á la quinta de los Gorriones.

Pidió un caballo, y, como llevado en alas del viento que silbaba, emprendió el camino de Carabanchel, á donde llegó antes de las cuatro.

Tiró fuertemente de la campanilla y no tardó en comparecer el inválido.

—¡Luis!--exclamó Saligny.—Abre en seguida.

Al punto giraron las hojas de la puerta sobre sus goznes, penetrando apresuradamente Octavio en el jardín.

—¿Está despierta la señora?—repuso mientras se encaminaba á la casa.

—¡La señora! ¿Pues no sabéis que ha salido?

—¡Ha salido!--exclamó Saligny, sintiendo correr por sus venas un frío mortal.—¿Se ha ido con el capitán?

—No, señor: se ha ido con una señora. Aquí no ha venido ningún capitán, sino esa señora que os he dicho, acompañada de una especie de intendente ó mayordomo, de muy mal humor por cierto.

—¡Ira de Dios! ¿Era una señora pálida, joven?
—Sí: una muy bonita y elegante, con humos de duquesa.

—¡Imbécil! ¿Qué has hecho?

—Yo no quería abrir, señor; pero al decir á la señora que venían á traerle un recado del marqués de Lagarde, á quien no conozco, ha mandado que pasasen en seguida, y al poco rato se ha ido en el coche de la otra.

—¡Oh desgracia! ¿Qué hora era?

—La forastera ha llegado á la una, y se han marchado juntas después de haber estado aquí media hora escasa.

Saligny, sin contestar ni decir más, emprendió en sentido contrario el camino por donde había ido.

Su cabeza, desvanecida por terrible vértigo, dábale mil vueltas, y á cada momento creía oír el ruido de un coche que marchaba delante de él. ¡Vana ilusión! La carretera estaba completamente desierta.

Octavio decidió abordar de frente la situación y marchó en dirección á la morada de la condesa.

Comenzaba á alborear cuando llegaba al palacio de la calle Mayor. La puerta estaba cerrada y todo parecía reposar en la más profunda calma.

Sin reparar en lo intempestivo de la hora, Saligny llamó dando recios aldabonazos.

—¿Quién va?—preguntó al poco rato una voz soñolienta.

—Abrid en seguida.

—¡Eh! Parece que andáis harto de prisa, compadre. ¿Quién sois para mandarme de este modo?

—Abrid al punto ó bien echo la puerta abajo. Soy el comandante Saligny y necesito ver al momento á la condesa.

—Perdonad, comandante; pero he recibido orden de no abrir á nadie sin permiso de mi señora. Esperad un rato á que vaya á avisarla.

Pasó algún tiempo, durante el cual Saligny experimentó todos los martirios imaginables, hasta que, por fin, se abrió la puerta.

El comandante se precipitó hacia las escaleras y en un minuto estuvo en el salón.

III

Poco después aparecía Diana, graciosa y sonriente, envuelta en un seductor *deshabillé*.

—¡Octavio! ¿Vos aquí á estas horas? ¿Qué ocurre?
—exclamó fingiendo admirablemente una viva sorpresa.

—Habla pronto. ¿Dónde está Julia? ¿La tienes aquí?

—¿Julia? ¿Quién es Julia?

—Mira: no quieras martirizarme más. Esta noche has estado en mi casa y te has llevado á mi amante. ¿Qué has hecho de ella?

—¡Estáis loco!

—¡Diana! Te suplico no me niegues lo que vengo á pedirte. Devuélveme á mi Julia, y luego dime qué baja he de cometer ó qué infamia he de llevar á efecto; pero vuélvemela á ella.

—M. de Saligny, os repito que no os entiendo.

El comandante empezó á dar vueltas por la habitación, mirando maquinalmente todos los muebles y la alfombra.

De pronto vió un objeto en el suelo y se bajó á recogerlo.

Era una violeta.

Saligny se acercó á Diana y dijo:

—Esta violeta es de mi jardín.

Diana se encogió de hombros.

—Decidme dónde está Julia,—repuso.—Espero que me digáis dónde está.

En aquel momento se fijaron sus ojos en el montón de ceniza que había en la chimenea, y, aproximándose más, reconoció el olor inherente á una quemazón de papeles. Tomó con cuidado uno de los restos y pudo distinguir algunas letras, que decían *Oct*.

Saligny volvió á acercarse á la condesa y murmuró:

—Mis cartas han sido arrojadas al fuego: no me negaréis esto.

Diana no contestó, demudado el color.

—Sé que sois implacable; pero aun me atrevo á suplicaros que tengáis compasión de mí. Diana, decidme dónde está mi pobre Julia.

Entonces la condesa, mirándole con dura expresión, exclamó:

—Creo, comandante Saligny, que estáis abusando de mi posición para inferirme molestias y sujetarme á interrogatorios indignos. Permitidme á que me retire antes de que os atreváis á dirigirme mayores insultos.

Y, diciendo esto, le volvió la espalda, desapare-

ciendo bajo el cortinaje de la puerta de sus habitaciones.

Octavio, perplejo en el primer momento, volvió en sí, removi6 las cenizas de la chimenea, y pudo reunir algunos diminutos fragmentos que no habia consumido el fuego, convenciéndose de que eran todos de su propia letra.

Dando entonces un rugido salvaje, penetró en el gabinete donde se habia retirado Diana, á la cual encontró sentada junto á un velador.

La condesa, sorprendida por la aparición de Saligny, ocultó en su seno un papel, pero no sin que el marqués advirtiera su acción.

—¡Caballero!—exclamó Diana, trémula de coraje.—¿A tanto llega vuestra insolencia que os atrevéis á sorprenderme en mi propia alcoba?

—A tanto y á mucho más todavía,—repuso Saligny.—Dadme ese papel que habéis ocultado en el pecho.

—¡Infame!

—Al punto.

—Salid, ó he de hacer que mis criados os arrojen como á un perro.

Pero Saligny, ciego de ira, se habia arrojado ya sobre la condesa, arrebatándole la carta, después de haber rasgado á trozos el delgado tul guarnecido de encajes que cubria el seno de la dama.

—¡Sois un miserable!—exclamó la joven.—Pero vuestra acción os ha de costar la vida.

El comandante, sin atender á las palabras de la ofendida dama, leyó ansiosamente el papel, tornándose lívido su rostro.

—¡Es mentira, mentira todo!—exclamó con terrible acento.—Tú le has hecho escribir eso. ¡Oh pobre ángel mio! Todavía están húmedas las lágrimas que ha derramado sobre este papel. Dime: ¿dónde ha ido? ¿A qué infierno la has mandado?

Diana, mirándole con espantable expresión, exclamó:

—No lo sabrás; pero de fijo que más le valiera estar muerta y enterrada que no encontrarse donde se encontrará.

—¡Imbécil! ¡Te has vendido!—exclamó Saligny.—Va camino de Salamanca; pero yo sabré impedirlo.

IV

Diana, como herida en lo más hondo de su alma,

lanzó un grito de rabia, tratando de oponerse á la salida del comandante; pero el marqués, rechazándola con fuerza, la hizo caer al suelo, y, atravesando á todo correr las habitaciones y saltando las escaleras, salió á la calle.

Al llegar al palacio de Oriente tomó un fogoso potro de las caballerizas, y, lanzándolo á todo escape, salió por la puerta de San Vicente, habiendo sabido por la guardia de aquel punto que efectivamente había pasado por allí un coche hacia poco más de una hora.

Saligny apuraba las distancias con una rapidez vertiginosa. En Aravaca, Las Rozas y Torreldones, lo mismo que en las paradas de postas, le manifestaron que habían visto pasar un carruaje en el cual iban una señora muy llorosa y un caballero muy encogido. Por fin, al entrar en el puerto del Guadarrama, distinguió á lo lejos la berlina tras de la cual corría.

Había andado diez leguas desde las cinco de la mañana.

Anochece cuando vió que el coche se detenía en un parador del pueblo.

Saligny, palpitante de emoción, bajó de á caballo y entró en la venta.

Sentada en un banco, y oculto el rostro entre las manos, estaba una mujer.

Octavio, silenciosamente, fué á sentarse á su lado, sin que ella se diese cuenta de su presencia. Veíanse regadas de lágrimas sus manos.

El hombre que la acompañaba estaba dando órdenes para servir algún refrigerio. Era un personaje de mediana edad, de aspecto militar y rostro duro.

La llorosa dama dejó un momento descubierto el rostro, y lanzó un grito indefinible, mezcla de alegría y espanto, abrazándose estrechamente á Octavio.

—¡Julia mía!—exclamó Saligny al ver que su amante parecía desfallecer con la violencia de la emoción.

El hombre que estaba hablando con el ventero, al reparar en la inesperada aparición del comandante, se dirigió hacia él y exclamó bruscamente:

—Esta mujer queda confiada á mi cargo y os prevengo dejéis de hablarla y de estaros á su lado. Señora,—repuso,—al coche.

Octavio, pálido de ira, repuso:

—Buen hombre, creed que me encontráis de tan feliz talante que no os arranco la lengua de puro alegre y satisfecho que me hallo. Salid, pues, y volved á Madrid á decir á vuestra dueña que el marqués de Lagarde ha recobrado ya su idolatrada mujer.

—Comandante, me conocéis muy poco cuando me habláis así.

—Pues os hablaré de otra suerte. ¡Fuera de aquí, esbirro miserable!

El hombre sacó una pistola, y, apuntando á Octavio, exclamó fríamente:

—Salid ó hago fuego.

Los venteros y su hija presenciaban apartados aquella escena, en tanto que el comandante sostenía á Julia, desmayada en sus brazos.

V

Octavio miró á aquel hombre y exclamó:

—Mataréis, pues, al comandante Saligny.

—Mataré á cuantos se me opongan á los designios de mi ama.

—¿Aceptáis un duelo?

—No. Soltad á esa mujer y retiraos al momento, en la inteligencia de que, si volvéis á perseguirnos, ella responderá con la vida de cualquier tentativa vuestra.

—Disparad,—respondió Octavio;—no la dejo.

El hombre no había visto que la hija del ventero se aproximaba hacia él, hasta colocarse detrás.

Tenía encarada ya el arma contra la frente de Octavio, cuando la niña le dió un violento golpe debajo el brazo y salió el tiro, yendo á clavarse la bala en el techo.

—Gracias,—exclamó Saligny. Y, arrojándose sobre el hombre, le derribó al suelo.

Julia había vuelto en sí con el ruido de la detonación, desprendiéndose de los brazos de Octavio.

Este y el hombre, fuertemente agarrados, rodaban por el suelo, luchando á brazo partido.

El emisario de Diana demostraba un vigor hercúleo.

Julia, fuera de sí al contemplar á Octavio en situación tan crítica, se lanzó contra su enemigo y, estrechándole el cuello con ambas manos, logró que desasiera á su amante.

Octavio, viéndose ya libre, ayudó á levantar á su



SALIÓ EL TIRO, YENDO A CLAVARSE LA BALA EN EL TECHO



contrario, que miraba á todos con ojos de reconcentrada ferocidad, en especial á la moza de la venta.

—Vuestra ayuda ha sido muy eficaz,—exclamó.—El comandante Saligny puede estaros eternamente agradecido.

—Ibais á asesinar á un hombre,—respondió la joven,—y era mi deber evitarlo. Ahora luchad los dos si gustáis, pero con armas iguales.

—No merecéis que cruce una bala con vos, y, así, no puedo mataros,—repuso Octavio;—pero como sois un ser peligroso, tendré que evitaros por algún tiempo. ¡Ventero! Decidme dónde tenéis guardado el trigo.

El ventero le señaló con el dedo un rincón del suelo, en el cual se veía una losa redonda.

—Bien,—contestó. Y, dirigiéndose al esbirro, añadió:

—Quedaréis detenido aquí hasta que recibáis orden mía para volveros. Bajad al silo.

El hombre se disponía á lanzarse de nuevo contra el comandante; pero éste sacó la espada y le acercó la punta al corazón.

—Os voy á atravesar sin el menor escrúpulo,—repuso Octavio.—¡Ventero! Levantad la piedra.

El serrano obedeció, quedando abierta la entrada.

El mayordomo se acercó á la abertura y saltó en el silo, despidiéndose de Saligny con un gesto amenazador.

—Ventero, gracias,—dijo el comandante.—En cuanto á vos, niña, no sé cómo manifestaros mi agradecimiento, y, así, espero queráis aceptar esto como un sencillo recuerdo de dos seres que os deberán su eterna felicidad.

Octavio entregó á la muchacha una hermosa sortija de brillantes.

—Aunque francés, no veáis en mí á un enemigo,—añadió;—desde este momento dejo de ser soldado. Adiós, amigos míos. Si nunca oís hablar de aquel

que fué el comandante Octavio de Saligny, pensad que jamás olvidará el servicio que le habéis prestado. En cuanto á ese hombre, soltadle al rayar el alba. Nada temáis por lo que os pueda resultar, pues voy á entregaros una relación firmada que de seguro os librerá de toda clase de molestias por parte de los franceses.

Octavio escribió algunas líneas, haciéndose responsable de la detención del enviado de Diana y de todo lo ocurrido.

Luego que hubieron reparado un poco sus fuerzas, salieron Julia y Octavio, y, ocupando el mismo coche, dieron la vuelta á la carretera, llegando al Escorial á las diez de la noche.

Allí dió orden al cochero para que siguiera camino de Madrid. Dicho servidor era un antiguo húsar cansado de aventuras y convertido en escéptico filósofo, por lo cual presencié impasible la escena de la venta sin quitar ni poner rey. Hizo, pues, chasquear el látigo y partió.

Octavio buscó una nueva silla de posta al llegar á Aravaca, y al punto que la hubo encontrado acomodó en ella á Julia, y, subiendo él después, mandó guiar hacia Móstoles y Navalcarnero, en demanda de la carretera de Madrid á Badajoz.

Los dos enamorados experimentaron una emoción indecible al encontrarse de nuevo juntos después de las ocurrencias de la noche anterior. Octavio supo la verdad de todo, y casi no podía contener las lágrimas al pensar en el terrible sacrificio que se había impuesto Julia para salvarle de los rencorosos propósitos de Diana.

Ni una palabra, ni una sola alusión, le dirigió á propósito de sus antiguos amores con la generala. Octavio, hondamente agradecido á tanta delicadeza, vió claramente que su amante era una mujer extraordinaria, y entonces más que nunca comprendió cuán digna era Julia de ser amada, y juró amarla antes que á todo, antes que á su causa.



CAPÍTULO XVI

Jaque á la reina

I

MIENTRAS el coche que conducía á los dos enamorados cruzaba llanos y montañas desde el Escorial á Aravaca, llegaba á la venta del Guadarrama una partida de guerrilleros destacada de la que acaudillaba en aquella comarca D. Juan Abril.

Eran en todo veinte serranos, recios y valerosos, armados de fusiles y navajas, acostumbrados á la dureza del clima y á las inclemencias del tiempo.

Mandábalos un mocetón de veinte años escasos, de arrogante figura y abierta expresión, el cual montaba un caballo lujosamente enjaezado con una manta de seda bordada en oro, con los colores nacionales.

El ventero y su familia habían salido al encuentro de la partida, y al punto que el jefe los hubo visto puso pie en tierra, corriendo hacia la muchacha.

En el entretanto, y fiado en el silencio que reinaba en el parador, había conseguido salir del silo el detenido emisario de Diana, y, viendo una ventana abierta, saltó por ella.

Sin embargo, no pudo librarse de que los guerrilleros le divisaran y le dieran la voz de alto, ignorando de dónde había salido.

Más no por eso se detuvo, sino que siguió corriendo, buscando ampararse en los cercanos bosques.

El jefe mandó hacerle fuego, y la detonación de la descarga fué seguida de un grito.

Aproximáronse al lugar hacia donde habían visto caer al fugitivo y le encontraron atravesado el cuerpo por varios balazos.

—¿Quién sois?—preguntó el jefe de la partida.

Pero, con sorpresa de todos, el herido no contestó, á pesar de estar evidentemente vivo.

—¡Hola! ¿No queréis hablar?—repuso el joven.— ¡Á ver! ¡Una luz!

Al punto se acercó uno de los guerrilleros con una linterna, á cuya roja claridad pudo ver el capitán el rostro del silencioso personaje.

—¡Ira del cielo!—exclamó.— ¡Fustigüieres, el jefe de policía de Satini! ¡El aborrecido esbirro terror de las gentes honradas! ¡Miserable! ¡Bien dignamente has acabado tus días, como un bandido, como un salteador! ¿Á qué habías venido aquí?

El polizonte no contestó tampoco esta vez.

—De fijo que estabas maquinando alguna nueva fechoría,—repuso el guerrillero.—Por fin se verá el mundo libre de tu presencia. ¡Prepárate á morir, ser maléfico! ¡Donde tú te encuentras sólo hay que esperar crímenes y horrores! ¿Quieres algo antes de que el demonio se lleve tu alma condenada?

El herido lanzó un grito de rabia y exclamó:

—¡Brigante infame! Si tienes corazón no debes seguir perdiendo el tiempo conmigo. Anda en busca del marqués de Lagarde, que huye de aquí con una

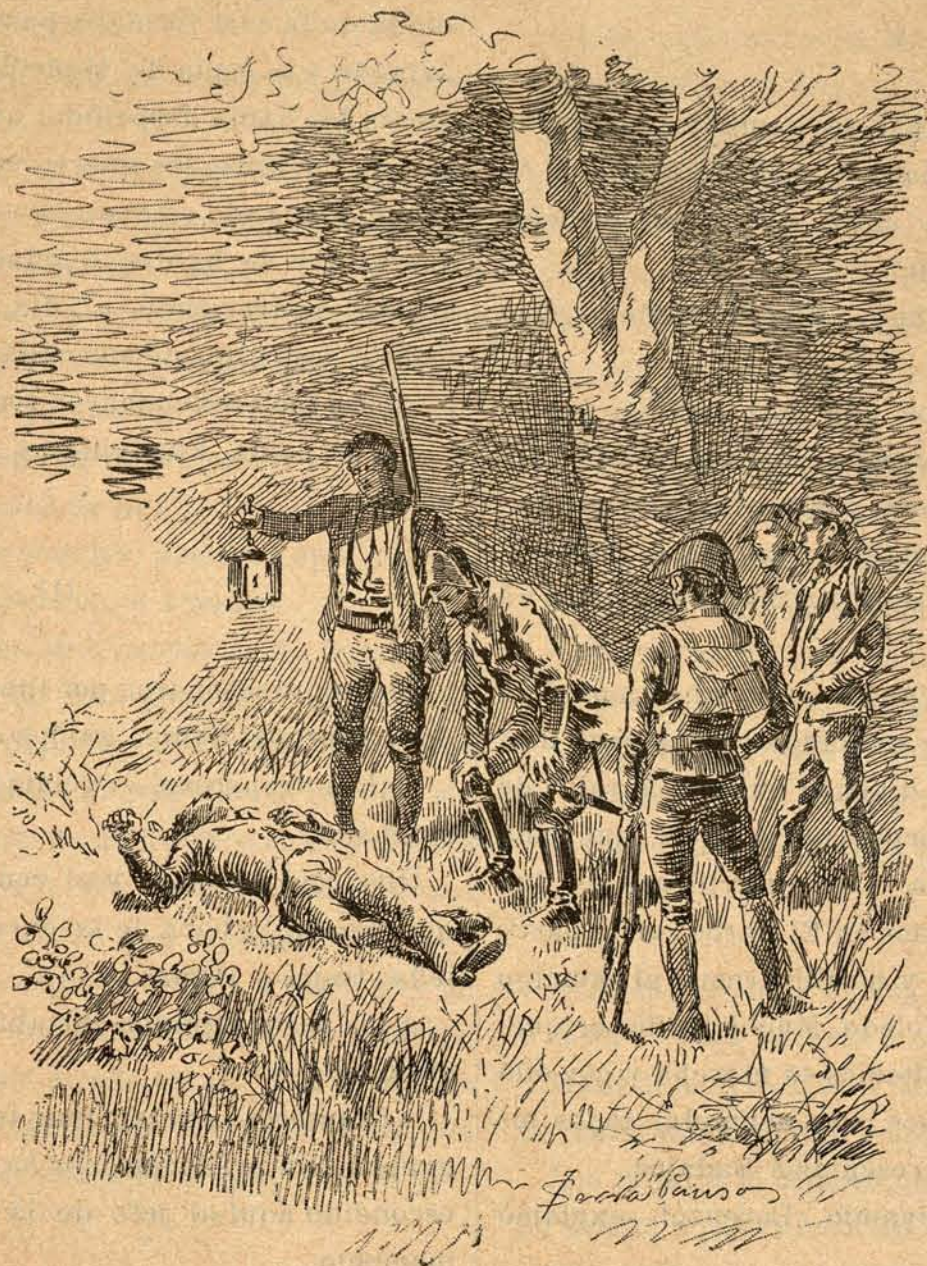
monja que robó en Salamanca, y si los encuentras mándalos á la partida de Julián Sánchez, que hay allí quien los descuartizará á los dos.

—¡Hasta en tus últimos momentos has de ser un malvado, Fustigüères! Deja estar á esos tortolillos. El francés de quien hablas debe pensar más en la

monja que en hacer daño á inocentes criaturas, como es tu oficio. Vaya enhorabuena el galán, que yo no persigo enamorados, sino enemigos. ¿Quieres un cura? Llevo uno en la partida.

—No: déjame en paz.

—Como quieras, Fustigüères. Ahí te traeremos



—¡El aborrecido esbirro terror de las gentes honradas!

un cántaro, y cuando te hayas muerto vendremos á enterrarte para que no inficiones estos bosques con la podredumbre de tu cuerpo, digno asiento de tu alma corrompida. ¡Camaradas! — exclamó. — Ese hombre fué uno de nuestros más sanguinarios perseguidores. Sirvió á Napoleón, después de haber servido á Robespierre, y en el Dos de Mayo hizo fusilar más gente de la que hubiera bastado á satisfacer la sed de sangre del príncipe Murat. Luego ha pertenecido á la policía secreta, siendo el azote de todas las gentes de bien. Madrid estaba acongojado mien-

tras él ejercía sus funciones de polizonte. Era el brazo derecho del infame Satini, y ahora estaba á las órdenes del renegado Pablo Arribas para hacer requisas de trigo. A repiéntete de tus crímenes, Fustigüères, y si te queda un minuto de vida pide á Dios te perdone todo el daño que has hecho. Por lo demás da gracias de encontrarte ahí exánime y postrado; pues, de no ser así, te hubiera ahorcado en una encina.

—También yo tenía ya meditada la manera como os había de matar, —respondió Fustigüères. —Os

hubiera tostado en unas parrillas, como dicen murió vuestro tocayo San Lorenzo.

—¡Ruge, ruge, fiera rabiosa!—repuso el capitán.

—¡Muere como un tigre!

Retiráronse los guerrilleros, dejando á Fustigüières retorciéndose en las convulsiones de la agonía.

II

El jefe de la partida, que se llamaba, en efecto, Lorenzo, según había dicho el polizonte, dió á su gente algunas órdenes y entró solo en el parador con los venteros y su hija.

—No te esperábamos hoy,—dijo el dueño.—¿Qué ocurre de nuevo?

—Primero he de daros una feliz noticia: hemos ganado una gran batalla en La Albuera. Soult ha sufrido una completa derrota, y, si los ingleses se mantienen firmes, tal vez podamos recobrar á Badajoz.

—¡Gracias á Dios, Lorenzo! ¿Conque ganamos ya batallas en regla?

—Esta es una de las causas que me han movido á venir. Lo otro es que he recibido órdenes para ir á estorbar el paso de una división que va á salir de Ávila con objeto de incorporarse á Soult, que está en Córdoba esperándola. Los guerrilleros de don Juan Abril nos reuniremos en El Barco con la partida de D. Camilo Gómez y hostilizaremos al enemigo hasta los montes de Toledo. Mucho ha de ser que, cuando menos, no dificultemos su marcha y con ello tengan tiempo los ingleses para acumular todos los medios necesarios para rescatar á Badajoz.

—¡Qué vida estáis llevando, Lorenzo!—exclamó la hija del ventero.

—No la cambiaría por otra, Casilda,—respondió el joven.—Además, eres tan hidalga y valerosa que bien he de arriesgar algo el pellejo para merecer que me quieras.

—Calla, Lorenzo,—respondió la niña.—¿Cómo no amar á un defensor de la patria que ha recibido ya cuatro heridas en las refriegas?

—Gracias por el recuerdo, Casilda. Por lo demás, ese pajarraco que hemos dejado tendido en el bosque era un verdadero demonio. Yo le conocía de cuando vivía en Madrid y sé todas sus fechorías infernales. Una de sus últimas proezas fué apoderarse de la mujer de un judío y del coronel de los jurados, denunciados por la espía principal que tenían los

franceses en Madrid, y entregarlos atados y bien seguros á la esposa del afrancesado, que era una de las más ardientes patriotas de Aragón, ignorante de que su marido hubiese renegado de la causa española. Pues bien: nada más se ha sabido de aquellos dos infelices; pero aun no es eso lo más extraño, sino que uno de la partida de Mina escribió hace poco que una ronda de la cual formaba parte había apresado en Arlabán á la espía de Madrid, y que el jefe de la fuerza les había despedido, quedándose solo con la mujer. Fuéronse los guerrilleros; pero al hacerse de noche, y cuando estaban lejos, vieron arder el bosque en que se habían quedado el partidario y la mujer, apareciendo al día siguiente humeantes todavía los restos de sus cadáveres.

—¡Horror!—exclamaron todos.

—¡No podía Fustigüières acabar mejor que su ama!

III

De pronto resonaron por fuera algunos tiros, oyéndose al propio tiempo galope de muchos caballos.

—¡Los franceses!—exclamó Casilda.—Escóndete en el silo.

Obedeció Lorenzo, y el ventero ocultó la piedra que tapaba la boca de la excavación con haces de leña, trojes y jalmas.

A los pocos minutos entraban los dragones, sable en mano.

—¡Ventero!—exclamó un teniente que iba en el grupo.—Un prisionero nos ha revelado que teniais escondido aquí al jefe de la partida. Dádnoslo al momento.

—Os han engañado, señor oficial,—contestó con resolución el dueño.—No hay aquí escondido nadie.

—¿No? Bien está. Os doy dos minutos para reflexionar, y, si no me entregáis al jefe de la banda, mando fusilar aquí mismo á vuestra mujer y á vuestra hija.

—Podéis hacerlo en seguida,—repuso el heroico serrano.—No he visto al que me decís.

—¿Os burláis de mí? Pues vais á ver ahora; pero antes hablemos de otra cosa. ¿Habéis visto pasar un coche con una señora y un caballero?

—Sí.

—¿Y un comandante francés?

—No.

—¿Sabéis si el coche ha atravesado ya la sierra?

—Lo ignoro.

—¿Hace mucho que pasó el coche?

—Esta tarde.

—Corriente. Ahora volvamos al mismo asunto de antes. Entregadme al jefe de los brigantes.

—No lo he visto, os repito.

—¡Basta, pues! ¡De rodillas vosotras! ¡Soldados! ¡Apunten!

Las dos mujeres se arrodillaron, rezando el acto de contrición, en tanto seis dragones encaraban contra ellas las bocas de seis carabinas.

—¡Padre!—exclamó la joven.—¡Dejadlos! ¿Qué importa un crimen más? Pero ¡vengadnos!

De pronto entró un capitán, y al ver la actitud de los dragones gritó con voz de trueno:

—¡Alto! ¡Salgan todos de aquí!

Los soldados, sorprendidos, pusieron en el seguro las carabinas y desalojaron el aposento.

—Vuestra acción ha sido propia de un Guzmán *el Bueno* y hubiera sido una deshonra consentirla hasta el fin,—dijo el capitán.—No me cabe duda en que tenéis aquí escondido al guerrillero. Bástele, sin embargo, la protección de un hombre como vos para que yo no quiera insistir. Sin embargo, las órdenes que dió el teniente eran las que traíamos. Vuestro protegido puede salir cuando quiera, pues os doy mi palabra de honor de que nadie le tocará un cabello. Tomad: aquí están mis armas todas. Ved si me fio de vos y si os podéis fiar de mí. Ahora os estimaría en el alma me fueseis franco en lo que voy á preguntaros.

—Decid.

—Soy el capitán Maupin, el mejor amigo del comandante marqués de Lagarde. Decidme si ha estado aquí y qué ha pasado.

—Esto es hablar en razón,—repuso el dueño.—Leed, señor capitán.

Y, sacando del bolsillo el papel que el marqués le había dejado, se lo dió á Maupin para que se enterara.

El capitán no pudo disimular su alegría.

—¿Conque ha logrado recobrar á su pobre amiga? Y ¿por dónde han ido?

—Se han dirigido al Escorial.

—¡Gracias á Dios, ya están salvados! Nada temáis, ventero. Ahora mismo van á alejarse mis gen-

tes. Guardad ese papel y os servirá en toda ocasión de garantía.

Maupin dió orden de marchar y el escuadrón se alejó en dirección á Segovia.

IV

¿Qué había ocurrido desde que Maupin hubo quedado atado en el árbol?

Al llegar el día, el llamado Dubois había aflojado las ligaduras del capitán y quitádole la mordaza. No anduvo tan ligero, sin embargo, que Maupin no consiguiese alcanzarlo, por haberse librado fácilmente de las ataduras que lo habían mantenido sujeto. Lívido de cólera y ebrio de indignación, propinó al miserable una ferocísima tunda, dándole con el sable de plano hasta quedar abollada el arma de puro golpearle.

—¿Quién te mandó atarme?—exclamó.

—Mi capitán, no me matéis y os lo diré.

—No he de matarte, cobarde, sino romperte todos los huesos como á una bestia.

—Mi capitán, todo lo hecho ha sido dispuesto por la condesa Diana, celosa del comandante Saligny.

—¿La condesa se llevó consigo á la señora de la quinta?

—Sí.

—Anda con Dios ahora, vil esclavo; pero ¡ay de ti si en tu vida vuelves á cruzarte en mi camino!

Maupin corrió hacia Madrid, presentándose en las habitaciones de la generala.

Los criados le dijeron que su dueña descansaba, no siendo aquella hora de recibir á nadie.

El capitán dió á comprender que no era hombre de hacer antesala ni acostumbrado á esperar, y mandó que al punto se pasara recado á la condesa.

La generala se presentó, mostrándose ceñuda y altanera.

—¿Quién sois vos y con qué derecho os permitis amenazar á mi servidumbre y presentaros ante una señora que no os conoce?

—Yo, en cambio, os conozco mucho, condesa,—respondió el capitán.—Por orden vuestra he sido agarrotado como un malhechor, atado á un árbol como el caminante por los salteadores de caminos, y villanamente espiado y guardado para que no pudiera ir á dar cuenta de vuestras altas proezas á Octavio de Saligny. Vengo ahora á enterarme del

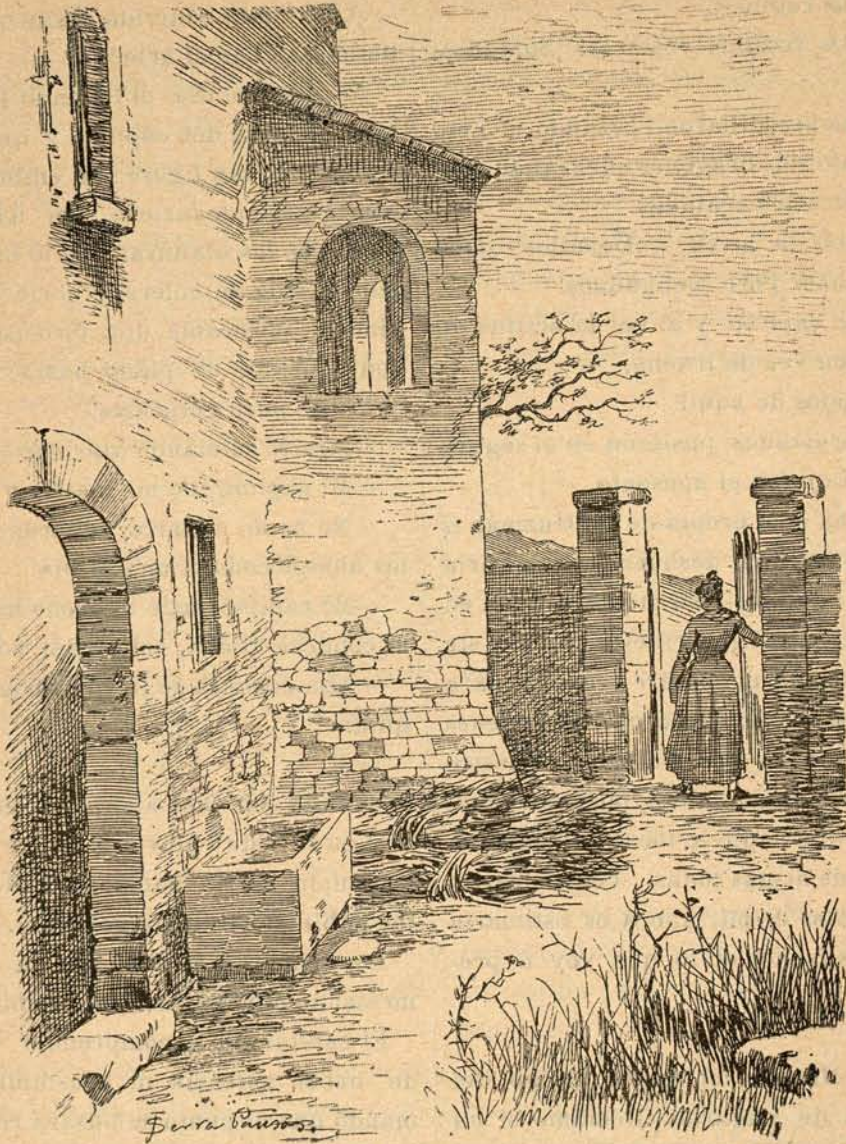
paradero de la señora que habéis secuestrado. Decidme, pues, dónde la tenéis.

—¡Me insultáis, capitán, olvidando mi sexo y mi posición!

—En cuanto al sexo, poco importa, tratándose de un delito, de un abuso de confianza y de un rapto;

y, por lo que toca á vuestra posición, la primera interesada en que nada sepa el general de La Chate-neraie sois vos. Conozco desde niño al conde y me conoce á mí, y sabe que de mis labios no ha salido, ni saldrá nunca, más que la verdad.

Diana, con admirable aplomo, repuso:



Casilda miró como partían, siguiendo con los ojos á los serranos...

—Vuestro cariño al marqués de Lagarde os hace presumir que haya sido yo la autora de ese rapto de que me habláis y que ignoro por completo. ¿Quién os ha inducido á buscarme á mí para explicaros tal desaparición? No creía yo tener enemigos que, como vos, no reparasen en arrojar sobre mí calumnias tan insensatas.

—Señora, no creo que Dubois sea ningún calumniador.

—¡Dubois!—replicó Diana, ciega de ira.—¡Villano!

—Ya veis que la noticia ha llegado hasta mí por inmejorable conducto. Ahora, hablemos. ¿Dónde está Julia?

—Octavio ha ido en su seguimiento, camino de Salamanca.

—Bien está. ¡Haga el cielo que no tarden en reunirse, pues de lo contrario, señora, tal vez el gene-

ral tome alguna resolución que os podría ser poco agradable!

Diana, encendida de cólera y mordiéndose los labios con desesperación, repuso:

—Esperad.

—Espero,—respondió flemáticamente Maupin.

—Ha salido un destacamento, hace poco, camino del Escorial.

—Comprendo. No digáis más. Señora, quedad con Dios. Sois, en verdad, más digna de compasión que de odio. Nadie sabrá nada. ¡Harto castigada quedáis viendo deshecha vuestra intriga!

Maupin se presentó al jefe de su regimiento pidiéndole una orden para tomar el mando del destacamento que acababa de salir de Madrid, y al cuarto de hora se reunía con la fuerza.

Y hé ahí por qué el capitán apareció tan inesperadamente en la venta de Guadarrama.

V

Luego que hubo cesado de oírse el rumor de los caballos que se alejaban, el ventero fué á sacar á Lorenzo de su escondrijo.

El bravo mozo, medio sofocado, no había notado nada de lo ocurrido.

Los venteros callaron; pero el guerrillero hubo de comprender que había pasado algo terrible.

Persistieron, sin embargo, en su silencio, hasta que un partidario, descolgándose, medio chamuscado, de la chimenea, donde se había escondido al oír los tiros sin que lo hubiese advertido nadie, exclamó:

—Yo os diré lo que ha ocurrido, capitán, y cuando lo sepáis caeréis de rodillas ante esas honradas gentes.

Lleno de horror y asombro escuchó Lorenzo la explicación del soldado, abrazando estrechamente al ventero y cubriendo de besos las manos de las dos mujeres.

Madre é hija, dando expansión á su comprimido

pecho, deshacíanse en lágrimas, en tanto que el ventero y Lorenzo pugnaban por mantenerse serenos.

—¡Al capitán mi gratitud eterna!—exclamó el jefe.—Pero en cuanto á ese inhumano teniente, ¡ay de él, porque he de darle mil muertes á la vez! Yo sabré encontrarle.

En aquel momento entró un guerrillero y dijo:

—Capitán: en la refriega ha quedado sobre el campo un herido francés.

—Traedle aquí con cuidado,—respondió Lorenzo,—y con toda clase de miramientos.

Poco después entraron al herido.

—Nada temas,—le dijo Lorenzo.—Aquí te cuidaremos hasta que estés bueno. Di: ¿á qué escuadrón perteneces?

—Al 3.º del 5.º regimiento,—respondió el francés.

—¿Es del mismo escuadrón también el teniente que ha entrado aquí?

—Sí, capitán. Es el teniente Houdelot de Limoges.

—¡Houdelot! Le tendré presente.

Instalaron al herido en una cama, prestándole los necesarios auxilios, y el capitán dió orden á su gente para que fuese á descansar.

No durmieron, en cambio, los venteros ni Lorenzo, y al ser de día se despidieron, internándose los guerrilleros en la sierra.

Casilda miró como partían, siguiendo con los ojos á los serranos hasta que se hubieron perdido de vista en lo alto de los montes.

La pobre niña amaba con toda su alma al joven jefe y había probado que estaba resuelta á dar su vida por él. ¡Dignos y santos amores, en los que se confundía con el cariño de amantes el sagrado culto á la patria!

Al mediodía se detenía en la venta una silla de posta conduciendo á una hermosa señora, llorosa y pálida, escoltada por un numeroso piquete de caballería.

Era la condesa Diana, que se volvía á Francia después de perder la partida.



CAPÍTULO XVII

En el que se cuenta el fin trágico que tuvieron varios personajes de este libro

I

SIGUIERON su camino Octavio y Julia, llegando á Mérida felizmente.

Un espectáculo espantoso á la vez que sublime se ofreció á su vista al contemplar de lejos aquella antigua ciudad. Todos los montes y heredades de la izquierda del Guadiana, desde Badajoz hasta allí, estaban convertidos en una inmensa hoguera. Mieses, caseríos, bosques, dehesas, chaparros, estaban ardiendo hacia una semana, propagándose el fuego con violencia tal que en tres días se acercó desde la capital al punto dicho, salvándose Mérida de la quema por la interposición del anchuroso Guadiana.

La causa de aquel terrible incendio fué una hoguera encendida por unos artilleros portugueses en los contornos de Badajoz.

En Mérida supo Octavio los detalles de la batalla de La Albuera, librada un mes antes, así como el mal éxito alcanzado por los ingleses en el cerco.

Soult estaba en Belalcázar con refuerzos y esperaba la llegada de Marmont, sucesor de Massena, antes de ir á hacer levantar el sitio á los ingleses.

Marmont salió, en efecto, de Salamanca, y sabedor entonces Wellington de los movimientos de los franceses, á la vez que receloso de comprometerse, se retiró á Portugal, levantando el sitio de la capital extremeña.

Soult y Marmont se encontraron en Badajoz. Los

espías trajeron la noticia de que Blake se había separado del ejército aliado, descontento con la supremacía de Wellington, y que se dirigía por Portugal hacia las provincias españolas del litoral del Océano.

Octavio, que se había incorporado á Marmont al llegar éste á Mérida, quedó tristemente impresionado al ver el estado de los ejércitos franceses, de cuyo efectivo estaba perfectamente enterado. Los 70,000 hombres con que contaba Massena al dirigirse á Torres-Vedras habían quedado reducidos á 30,000, y los 80,000 de Soult habían venido á parar en 36,000. ¡En menos de un año Francia había perdido 74,000 hombres, sepultados en el occidente de la Península!

El marqués de Lagarde, fiel á su promesa, pidió al mariscal licencia para retirarse á Francia, alegando motivos particulares. Marmont, que no podía dudar del valor de Saligny, puesto á prueba mil veces, le concedió la licencia, y los dos amantes partieron á Sevilla.

II

Al pasar por Zafra llamóles la atención una partida de guerrilleros, cuyo jefe parecía persona de exquisitos modales.

Mandó á uno de sus ayudantes fuese á pedir el pasaporte á los viajeros, y, una vez cumplida la orden y enterado el jefe, vió con sorpresa que éste se acercaba á ellos, saludándoles cumplidamente.

—Sé que sois amigo del brigadier Espinosa,—le dijo,—y no extrañéis que, siéndolo yo también muy suyo, venga á ofreceros mis servicios. Tal vez hayáis oído hablar alguna vez de Fernando Miranda.

—Celebro en gran manera la ocasión que he tenido de conoceros, comandante,—respondió Octavio,—pues he oído mil veces celebrar vuestro heroico valor.

—Es favor,—repuso Miranda.

—¡Oh! No: puedo hablar con toda imparcialidad, por no ligarme actualmente ningún lazo al ejército francés, y he de deciros que la campaña que estáis haciendo, pues supongo dependéis del general que manda esas guerrillas...

—Realmente: estoy á las órdenes del general Morillo.

—Pues bien: esa campaña es un modelo de estrategia. En pocos días se han verificado tres ó cuatro sorpresas brillantísimas, y es seguro que nuestras columnas no podrán coparos teniendo que haberse las con tan inteligentes jefes.

—Morillo es uno de nuestros mejores generales, marqués, y así no es de extrañar que haga verdaderos prodigios en punto á sorpresas y marchas.

Después de haber estado juntos algún tiempo los dos militares, prosiguió Octavio su camino, y la partida se dispuso á partir también para reunirse con el grueso de las fuerzas que mandaba Morillo, sabiéndose que iban á dar otro golpe de mano.

III

—Diego López,—dijo Miranda á uno de los soldados, así que se hubo alejado el coche que conducía á Octavio,—veníos conmigo.

El antiguo capitán, convertido en simple guerrillero, se juntó con Miranda, dirigiéndose ambos á casa de Cristina.

La muchacha se estremeció al ver á su antiguo novio.

—Cristina, vengo á pedir vuestra mano para el más bravo y valiente de mis guerrilleros,—dijo Miranda.—Él fué quien ayudó en La Albuera á disipar la confusión que por un instante se introdujo en

nuestras líneas; él quien en Belalcázar y Talarrubias hizo más prisioneros que nadie en las sorpresas que causamos á los franceses; él quien se ha hecho digno de que se le cite en todas las órdenes del día, y á quien veréis pronto con las honrosas insignias de capitán, que ha trocado en este tiempo por el uniforme del soldado raso.

Diego López esperaba la anhelante respuesta.

La joven, en vez de responder, se arrojó en sus brazos.

—¡Bravo!—exclamó Miranda.—Vayámonos ahora á sorprender á un regimiento francés que está en Villanueva del Duque, ajeno de suponer que nos plantemos allí en pocas horas, y á la vuelta será el casamiento. ¡Diego López, ahí tenéis las charreteras; pero antes venga también un estrecho abrazo!

El comandante y el capitán, profundamente afectados, se dieron las manos, y la partida quedó tan sorprendida como satisfecha al ver al intrépido guerrillero convertido en segundo de Miranda.

Todo sucedió conforme habían previsto. El hecho de armas fué brillantísimo y Morillo acabó de cimentar su reputación.

Pero si dignas de aplauso eran tan audaces sorpresas, más lo fueron los movimientos con que aquel general eludió después la persecución de tres columnas enemigas por lo más intrincado de Sierra Morena, logrando conservar los 300 prisioneros que había hecho en sus correrías por los límites de Badajoz y Córdova, y molestando al mismo tiempo las comunicaciones de Marmont con los otros ejércitos y las capitales, hasta que por último entró en Cáceres, feliz y gloriosamente.

El duque de Ragusa cruzó el Tajo y se colocó en Plasencia, en tanto que Castaños se acuartelaba en Valencia de Alcántara, tornando así ambos ejércitos á los mismos puntos de donde habían partido.

Los aliados, empero, habían libertado á Portugal, de manera que la balanza se inclinaba en su favor, sin contar con que las pérdidas de los franceses habían sido enormes.

Tal era el estado de la guerra en aquella parte de España al mediar el año 1811.

IV

Mientras acaecían estos hechos en Extremadura, Blake, separado del ejército anglo-portugués, había

hecho una tentativa contra el condado de Niebla, en la cual, si bien dieron nuestras tropas cumplida muestra de su arrojo, no se alcanzó el objeto apetecido, sin duda para no desmentir la costumbre de lo que ocurría siempre en aquella parte.

Las escalas de asalto resultaron cortas, y no se había traído artillería para batir las viejas pero sólidas y reforzadas murallas de Niebla. Blake hubo de retirarse, y se situó en Sanlúcar de Gadiana.

En aquella villa moraba una joven en la cual había constantemente pensado cierto bizarro teniente que parecía buscar la muerte en los combates, según las temeridades que cometía, y que había caído noblemente herido en el campo de batalla de La Albuera.

Luis Belmonte, en efecto, no tenía otra idea que la de congraciarse con Antoñita, y Espinoza decidió que Antoñita debía necesariamente dar su mano á Belmonte.

Presentáronse, pues, los dos en casa del vivo traxunto de las Virgenes de Murillo, y, después de encarecerle el brigadier los méritos y servicios de su antiguo ayudante, otra vez á sus inmediatas órdenes, quedó concertado el futuro enlace, celebrándose de momento los esponsales.

No había tiempo que perder, pues los franceses venían sobre Sanlúcar en crecido número.

No sabemos si el brigadier observó cierto animado coloquio, rapidísimo y acalorado, que tuvieron aparte los dos jóvenes, y que terminó estampando un ruidoso beso en la mano de Antoñita; pero ello es que se retiró muy satisfecho de haber restablecido la paz y concordia entre aquellos amantes.

El ejército de Blake atravesó el Guadiana, desembarcando en la ribera portuguesa. Una vez en Alcoutim, pudo todavía Belmonte distinguir de noche el campanario de Sanlúcar, sobre el cual, después de restregarse muchas veces los ojos, creyó ver algo extraño, singular, portentoso, anómalo.

Hecha la parte que le correspondía al amor, digamos también, en honor á la verdad, que uno de los motivos que inducían á Belmonte á pasarse la noche de claro en claro mirando al cielo fué el espantoso, insoportable, hórrido y abrasador calor que se dejaba sentir; un calor jamás experimentado, terrible, anómalo.

Belmonte miraba, pues, al cielo, cuando de pron-

to vió una luna, una verdadera luna que no había visto nunca.

Era un enorme cometa, *que alumbraba de noche á modo de una luna la más clara, acompañado de larga y rozagante cabellera* (1).

Belmonte creyó que aquello era una señal de que el cielo protegía sus amores; pero como no era él quien únicamente velaba en el campamento, interpretáronlo otros en muy diverso sentido, creyendo que designaba guerras (¿qué más guerra?), pestes, plagas, hambres y terremotos.

Al siguiente día aun fué más profunda la general desolación, pues el cometa brillaba en pleno día, siempre con aquella terrorífica cola y siniestro resplandor.

Después de permanecer algún tiempo en Portugal, resolvió Blake emprender alguna expedición en España, y se dirigió á Ayamonte, reembarcándose con la división que trajo de Cádiz y con la de don Carlos de España. Ballesteros se quedó en el condado, y la caballería de Penne Villemur, unida con alguna infantería de D. Pedro Agustín Girón, permaneció en las márgenes del Guadiana, acercándose á Extremadura.

Méndez siguió á Blake; pero Espinosa y Belmonte, á quienes sus ternézas llamaban hacia el norte, se incorporaron á Girón.

V

A últimos de julio salía de Sevilla un velero bergantín francés que navegaba muy arrimado á la costa.

El curioso que hubiese podido leer el rol hubiera encontrado, entre otros nombres, dos que le hubieran llamado la atención. Decían así:

«M. Octavio de Saligny con Mme. Julia de Osorio de Montespino.

»M. Armando de Lanjuinais con su esposa madame Andrea de Villafranca».

Indudablemente Neptuno protegió á aquellos enamorados, pues no aparecieron en toda la travesía los cruceros ingleses.

Llegados á Marsella, siguieron juntos hasta Nevers, donde Lanjuinais se despidió para la Turena, continuando Saligny su ruta hacia París.

(1) Toreno, libro XIV.

El marqués y su amante no estuvieron mucho tiempo en la capital, pues fueron á instalarse en su castillo de Borgoña; pero, por corto que fuese el tiempo que permanecieron en la capital del imperio, no dejaron de llegar hasta sus oídos sorprendentes noticias. Decíase que la mariscalda princesa de Lugano se casaba con un arrogante general de división; la condesa de Latour-Duchesne había despreciado la mano de un príncipe alemán, soberano de uno de los estados de la confederación ger-

mánica, y los condes de La Chatagneraie se disponían á dar un suntuoso baile, al cual concurriría el *beau monde*, haciéndose lenguas todo el mundo del vehemente amor que se profesaban el viejo guerrero y la virtuosa condesa, que parecía, no obstante, estar muy triste.

La amazona de raso color de rosa, forrada de pieles, que llevaba Diana cuando fué á Viena á buscar á su esposo, hizo profunda sensación y fué el ideal de la moda durante tres meses.





LIBRO TERCERO

TARRAGONA

CAPÍTULO PRIMERO

El castillo de San Felipe

I

DICHO quedó anteriormente cómo, por la traición del conde de Alacha, cayó en poder de Suchet la fuerte plaza de Tortosa, el 2 de enero del año 1811. No era menester más para que crecieran las infulas del ambicioso divisionario, cuyo apetito conquistador no reconoció desde entonces ningún límite.

La catástrofe llegó en breve á noticia de la corta guarnición que defendía el castillejo del Coll de Balaguer, llamado *de San Felipe*, construido en el siglo XVIII para vigilar la playa contra las asechanzas de los piratas berberiscos, cuyas embarcaciones podían ocultarse fácilmente en acecho de presa en las recortaduras de la costa. Dicho castillo, sobre la carretera de Barcelona á Valencia, dista pocas leguas de Tortosa, de la cual ciudad está á levante. Hállase asentada la fortificación sobre un elevadísimo monte, á cuyos pies se extiende un valle que á corta distancia se confunde con la playa. Honda angostura (el *coll* ó collado) separa este monte, por el oeste, de otra montaña que forma parte de la cordillera que, empezando en Balaguer, va á terminar en el mar, cerca de Tortosa. Es aquel un paisaje de

salvaje aspecto: quebradísimo, sin otra vegetación que algunas manchas de monte bajo, salpicado de lagunajos y charcas, solitario, abrupto, habiendo sido en todo tiempo lugar predilecto de bandoleros. La carretera va empinándose hacia la altura, formando agrias cuestas, y desde la eminencia domínase vasto espacio de estéril é inhospitalario terreno, larguísimo trecho de la costa y la inmensidad del mar.

La noticia de la caída de Tortosa había causado profunda sensación en el castillo, pues era de suponer que no tardarían en presentarse los franceses; y, en efecto, no tardaron, viéndose el día 8 avanzar por la carretera una fuerte columna imperial, con alguna artillería, procedente del Perelló, pueblo entre Tortosa y el Coll de Balaguer.

Apenas si la guarnición llegaba á 200 hombres; pero todos estaban dispuestos á defenderse hasta derramar la última gota de sangre. Aunque hemos dicho mal: no todos sentían de aquel modo: exceptuábase precisamente el viejo capitán á quien estaba confiado el gobierno del castillo, un tal Serra, que, por lo visto, despreciaba las glorias alcanzadas

por Palafox, Álvarez de Castro, Estrada, Errasti, Santocildes y Menacho, y se inclinaba mejor á las prudentes opiniones de los García Conde, los Alacha y los Imaz.

Un joven teniente del regimiento de Soria llamado D. Nicolás Salvador hallábase al frente de la fuerza que defendía las obras exteriores animando á sus soldados, mientras el gobernador, encerrado en su pabellón, estaba mirando á través de los cristales de una ventana el avance de la columna.

—Es preciso que tomemos ejemplo de Hostalrich, muchachos,—decía el teniente Salvador á sus pistoles,—y que no se diga de nosotros lo que dirán en Tarragona á propósito de lo de Tortosa. Es preciso que quede bien puesto nuestro pabellón.

—Nos defenderemos hasta morir, mi teniente,—respondió un joven y guapo sargento leonés, en cuyos ojos se veía arder el más santo entusiasmo;—en fin, mi teniente, aquí nos tiene V.; pero...

—¿Qué quieres decir, muchacho? Habla claro.

—Mi teniente, quiero decir que, en cuanto á nosotros y en cuanto á V., ya sabemos que no hay cuidado; pero, en cuanto á los demás... yo no sé.

—¿Qué estás diciendo, Lorenzo? Tu sueñas.

—Bueno. Pronto se habrá de ver si sueño ó no, mi teniente.

Salvador pareció quedar muy preocupado con la respuesta del sargento, y al cabo de algunos momentos, llamándole aparte, repuso:

—Lorenzo, dime lo que sepas.

—Pues lo que sé, mi teniente,—repuso el leonés,—es que el gobernador no tiene ningunas ganas de oír silbar las balas y que nos hará rendir como una manada de carneros.

—¿Eso sabes? ¿Estás seguro?

—Á menos de que haya mudado de pensar en un momento; pero lo que es ayer noche eso fué lo que oí decir al teniente Núñez, con quien estaba hablando en el reducto.

—¡Ira de Dios! ¿Podría contar con vosotros para cogerle y fusilarle?

—No deseáramos todos otra cosa, mi teniente; pero ¿y si los demás salen en su favor y se arma aquí un jollín y llegan entretanto los franceses? Porque se me figura que ya andarán cerca.

—Sí: se acercan. Ya se oye el ruido de los armones. ¿Qué hacer?

—Yo creo que lo mejor será apoderarnos del

gobernador si vemos que no se porta como debe cuando les tengamos ahí enfrente á los gabachos.

—Cuento contigo, Lorenzo, por si llega el caso.

Separáronse el teniente y el sargento.

Salvador miró por una aspillera y vió á mitad de la cuesta á los exploradores franceses.

—¡No haber dispuesto nada para impedirles la subida! ¡Ni una cortadura, ni un solo obstáculo para defendernos!—murmuró Salvador.

—Sí: hubieran debido alfombrarles de flores el camino,—repuso el sargento, como si adivinara el pensamiento del teniente.

Los exploradores se hallaban casi á tiro de fusil de las obras avanzadas.

—¡Atención!—exclamó el teniente.—Así que adelanten un poco más, ojo y ¡fuego!

Pero los exploradores, en vez de adelantar, se detuvieron, llegando poco después la cabeza de la columna, que hizo alto asimismo.

Poco después oyóse como las fuerzas francesas se desplegaban, rodeando el fuerte en todas direcciones, menos por poniente, ya que lo impedía la angostura ó *coll* que dijimos separa aquel monte del que está próximo á él, coronado por un reducto.

Así pasaron algunas horas, al cabo de cuyo tiempo vieron subir por la carretera á un oficial de húsares, acompañado de un trompeta.

II

Al hallarse cerca del fuerte detuviéronse los dos jinetes franceses y el trompeta dejó oír un toque de clarín pidiendo parlamento, al cual contestó otro toque desde el recinto del fuerte.

Adelantáronse los dos franceses, deteniéndose á unos veinte pasos del fuerte. Bajóse el puente levadizo, apareciendo en la puerta el capitán Serra acompañado de algunos oficiales, los cuales se dirigieron hacia el rastrillo practicado en la pared aspillera que rodeaba el fuerte, saliendo en seguida á campo raso.

El oficial francés se acercó entonces al grupo de los españoles, y en mal chapurrado castellano dijo:

—Su excelencia el general Habert intima acto seguido la rendición de este fuerte. Su excelencia el general Habert no admite reparo ni observación alguna: rendición inmediata, y, si no, vamos á to-

mar en seguida por asalto esta fortificación, y la guarnición será tratada sin piedad.

El desdichado gobernador, trémulo y como anadado por la braveza del emisario, respondió balbuceando:

—Señor oficial, rogado al señor general Habert se sirva concederme cuatro días de tiempo para reflexionar.

—Su Excelencia no admite otra contestación que no sea la rendición pura y simple,—respondió el oficial con insolente tono,—pues tiene medios de sobras para apoderarse en seguida del fuerte.

—Pero ¿qué le costará á ese excelentísimo señor general concedernos esos cuatro días que digo?

—Basta. Su Excelencia dispondrá lo que procede,—respondió el oficial. Y, sin dignarse saludar, volvió grupas.

El aturrullado gobernador, despavorido y sin alientos, volvióse en seguida al castillo, no sin tener que bajar los ojos ante la mirada amenazadora que le dirigió el teniente Salvador, y fué corriendo á su querido puesto, detrás de la ventana de su despacho.

No había trascurrido un cuarto de hora desde la partida del edecán, cuando empezó la artillería francesa á disparar contra el fuerte, consiguiendo que se desmoronase parte de la pared aspillera desde donde hacían fuego los pistoles de D. Nicolás Salvador.

—El gobernador ordena que se retire en seguida la fuerza que está ahí,—llegó diciendo uno de los ayudantes de Serra, dirigiéndose á Salvador.

—Bueno: nos retiraremos al fuerte,—respondió secamente el teniente.—¡Ea! ¡Muchachos, adentro!

Y, silbando entre dientes un popular estribillo patriótico, entró en el fuerte, volviendo á levantarse en seguida el puente levadizo.

El teniente Salvador, una vez en la plaza de armas, dirigióse rápidamente al pabellón ocupado por el anciano capitán Serra.

—He de ver al gobernador en seguida,—dijo Salvador al oficial que se encontraba en la antesala del despacho.

—Pase V., mi teniente,—respondió aquel subalterno.—El señor gobernador está observando ahora los movimientos de los franceses.

¡Buena observación! El señor gobernador esta-

ba... de rodillas, rezando delante de una estampa del Santo Cristo de Balaguer, rogándole, sin duda, obrara algún milagro.

—¡Capitán!—exclamó Salvador.—El enemigo nos ataca y nosotros no nos defendemos. ¿Qué pensáis hacer?

El capitán, levantándose del suelo y montando en cólera, respondió:

—¡Es V. un insubordinado! ¡Vaya V. en seguida á su sitio!

—Y ¿cuál es mi sitio?

—Su sitio... es donde están los otros.

—Los otros están quietos, y yo no estoy aquí para rezar padrenuestros, ni para ser testigo de si las balas francesas hacen blanco ó no. Decidme, pues, qué pensáis hacer.

—¡Qué insubordinación! ¡Ayudante! ¡Ayudante! ¡Mañeros!

A las voces del gobernador penetró en la estancia el subteniente Mañeros, aquel que se hallaba en la antesala, y exclamó:

—Aquí estoy, señor gobernador. ¿Qué ocurre?

—Prenda V. en seguida al teniente Salvador.

—Sí; y que se forme consejo de guerra: ¿verdad? ¡A eso estamos!

—Pero, mi teniente...

—Vais á oirme los dos,—repuso con ímpetu Salvador.—Yo bien claro veo de lo que se trata aquí: vamos á ser entregados como una piara de cerdos; pero no le parieron para eso al hijo de mi madre. ¡Yo no me rindo! ¡El castillo no se rinde! ¡Paso! ¡Paso! Ya que no se defiende nadie; ya que aquí, desde el gobernador hasta el último ranchero, no hay quien tenga pecho para salvar el honor; ya que no otra cosa, yo, un oscuro teniente, me encargaré de demostrar que no eran todos unos cobardes los que había en el castillo de San Felipe cuando se apodó de él el general Habert.

—¡Ni yo soy cobarde, vive Dios, que do podáis ir vos irá Lorenzo Díaz!—exclamó una voz, viéndose penetrar en el despacho al bizarro sargento de la compañía de pistoles ó fusileros.

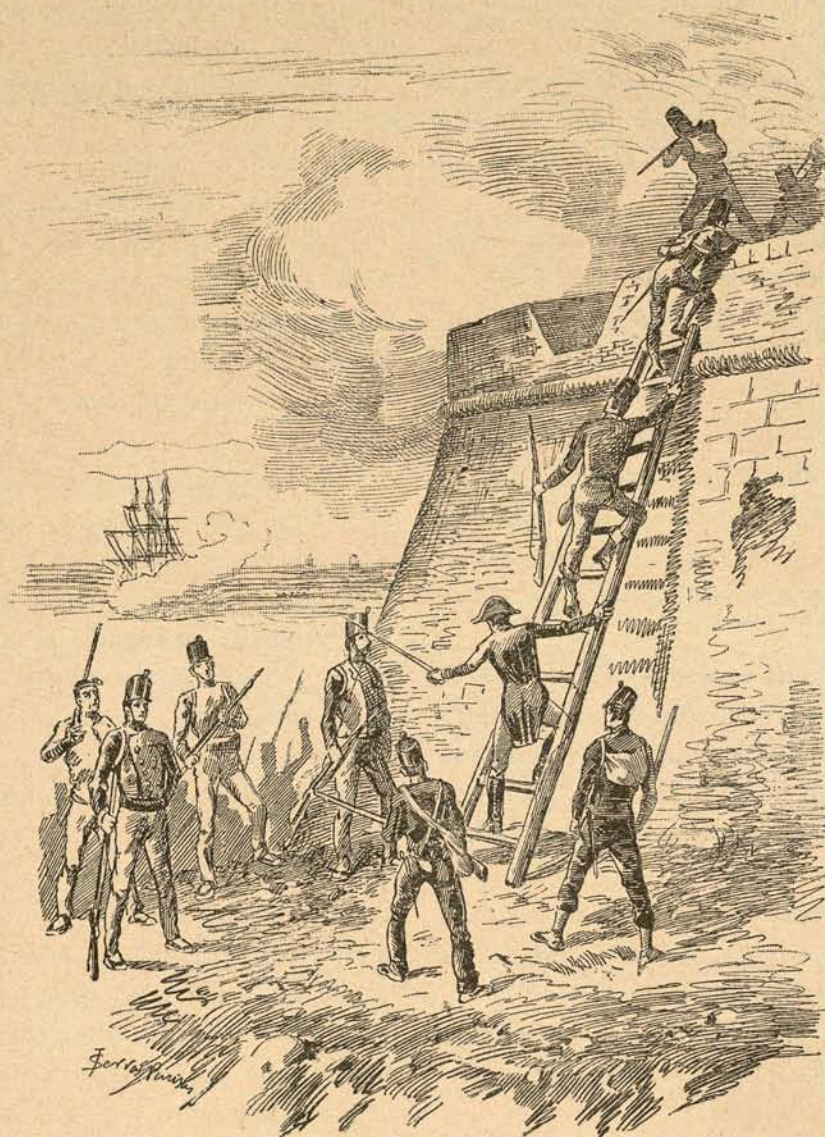
—¡Lorenzo! ¡Conmigo!—gritó Nicolás Salvador.

Los dos militares, dejando asombrados y conternados al gobernador y al subteniente Mañeros, cruzaron por la plaza de armas, desapareciendo en breve.

III

Entretanto todo era confusión dentro del fuerte. No recibiendo nadie ninguna orden, apenas si de vez en cuando daba señales de resistencia el casti-

llo disparándose algún tiro de fusil ó cañonazo. Las tropas francesas estaban á tocar con el foso, sin que nadie hubiese recibido instrucciones tocante á lo que había que hacer. Aquellos valientes soldados estaban avergonzados; pero ¿qué habían de hacer, cuando no había nadie que mandase? Y,



... al poco tiempo los muros del fuerte estaban coronados por los soldados de Habert

sin embargo, semejante situación era insostenible. El enemigo enviaba grandes rociadas de metralla. Las balas de cañón comenzaban á hacer brecha, y á todo esto el castillo seguía en silencio sepulcral.

De pronto ensordeció el espacio un horrorosísimo estruendo. Surgió una inmensa columna de humo de un ángulo del fuerte, volaron por los aires una nube de piedras y de polvo, desmoronóse una cortina y oyéronse lamentables gritos de heridos y moribundos. Había volado el almacén de pólvora.

El teniente Salvador y el sargento Ródenas habíanse introducido en él, prefiriendo la muerte á la rendición. ¡Supieron sucumbir con honra!

IV

Como si aquello hubiese sido una señal, sonó la señal de ataque en el campo francés, y al poco tiempo los muros del fuerte estaban coronados por los soldados de Habert. El pánico llegó entonces á

su colmo. Todos huyeron, tomando los unos por la carretera, al intento de presentarse en Tarragona, y refugiándose otros en el reducto al otro lado del Coll ó angostura, entre ellos el capitán Serra. Allí capitularon unos 100 soldados, 13 oficiales y dicho señor gobernador, decididamente resuelto á que no pudiesen compararle nunca con Álvarez de Castro.

Gran ventaja era para los franceses la posesión de aquel fuerte; pues, de continuar en poder de los españoles, hubiéranse hecho imposibles las comunicaciones entre Tortosa y el campo de Tarragona. Por lo demás, no era la primera vez que una posi-

ción tan inexpugnable como el Coll de Balaguer cedía fácilmente al empuje del contrario. Lo mismo sucedió en tiempo de la *guerra de los segadores*. Los catalanes apostados allí para impedir el paso al marqués de los Vélez, que desde Tortosa se dirigía á poner sitio á Barcelona, rebelada contra Felipe IV, cedieron sin gran resistencia, á pesar de las esperanzas puestas en lo difícil de aquel angosto paso.

Dueño del Coll de Balaguer, podía el general Suchet dar por hecho el sitio de Tarragona, ideal de sus ambiciosos sueños.

